Halm (Friedrich)
Griseldis

Jene

Mexico, 1877

GRISELDIS

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR

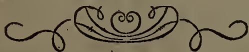
FRIEDRICH HALM

(ELIGIUS, BARON DE MÜNCH-BELLINGHAUSEN)

Traduccion del aleman

POR

J. F. JENS



MEXICO: 1877.

Imprenta de Jens y Zapiain, calle de S. José el Real núm. 22.

Al eminente artista
Señor Dn José Valero
el traductor

GRISELDIS

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR

FRIEDRICH HALM

(ELIGIUS, BARON DE MÜNCH-BELLINGHAUSEN)

Traduccion del aleman

POR

J. F. JENS

QUIEN LA DEDICA

A SU QUERIDA ESPOSA ANA GERTRUDIS PEREZ.



MEXICO: 1877.

Imprenta de Jens y Zapiain, calle de S. José el Real núm. 22.

A SU ALTEZA IMPERIAL

Sophie Friderika Dorothea

**Princesa real de Hungría y Bohemia,
Archiduquesa de Austria, etc. etc., de nacimiento
Princesa real de Baviera etc. etc.**

En mis sueños se me presentó una imágen llenando de tal manera mi espíritu, que traté de fijar sus atractivos ántes de que se me perdiera en la oscuridad; pero cuán grande fué mi júbilo cuando la ví en toda su brillantez, rodeada de nubes doradas, subir de las tinieblas á las regiones de la luz! Sin embargo, súbitamente empecé á titubear y me dije: "¿es esta la verdad? es esta la vida? la veo disiparse cual neblina é hija del sueño, la veo desaparecer como una ilusion!"

Iba ya á apesadumbrarme por la mala suerte de mis sueños, cuando elevé mis miradas de la imágen hácia Tí, y ¡oh dicha! reconociendo la realidad, pongo mi obra á tus plantas.

F. Halm

PERSONAS.

El rey Artus.
Kenneth de Escocia, Caballero de la Mesa Redonda.
Lancelot del Lago, ,, ,, ,,
Gawin. ,, ,, ,,
Tristan el Sabio, ,, ,, ,,
Percival de Wales, ,, ,, ,,
El senescal. ,, ,, ,,
Ronald, criado de Percival.
Cedric, carbonero.
Un muchacho.
La reina Ginevra, esposa de Artus.
Oriane y
Mercia, Damas de Honor.
Ellinor, esposa de Kenneth.
Griseldis, hija de Cedric y esposa de Percival.

Caballeros, damas, vasallos de Percival, mujeres del servicio de Griseldis, criados.

ACTO PRIMERO.

Castillo del rey Artus en Karduel.—Salon ricamente adornado é iluminado.—Por el fondo hay música y se ve el movimiento deslumbrador de una fiesta régia.—Mas adelante hay un trono con dosel.

ESCENA I.

Criados y pajes pasan por la escena llevando vajilla de oro; damas de honor y caballeros se pasean, y entre ellos el rey Artus, el senescal, Tristan el Sabio y Percival de Wales. El rey Artus se adelanta con el senescal.

El rey.—Estoy satisfecho, querido senescal. Robaste á la noche la luz de las estrellas, al mar el vislumbre plateado de las perlas, y á las entrañas de la tierra el centelleo del carbunclo, para adornar esta fiesta con luz y esplendor. Nada me queda que desear; estoy satisfecho!

El senescal.—Señor, yo pensé que ménos brillo no seria digno de mi soberano y de los nobles convidados, escogidos entre lo mas florido de este reino. Y mirad, ni uno de vuestros caballeros falta: aun Percival, el hijo del agreste Wales, salió de sus montañas á vuestro llamado, y se pavonea en la casa de su rey colgada de sus hombros la velluda piel del oso, y con el adorno inculto de su vestido de búfalo.

El rey.—¡Qué importa el traje! A él le adornan sus cicatrices y pura como las estrellas brilla la gloria de sus batallas. Tres años permaneció léjos de mi corte, pero aun

con su piel de oso sea bienvenido. Mas vámonos; los convidados nos esperan. Agita los pasos de la servidumbre, que no acaben los suspiros melodiosos de la música. Quiero que los sedientos no vean el fondo dorado de las copas, y que el encanto alegre de la fiesta no acabe ántes de rayar el dia.

El senescal.—Confiad en eso. Solo amaneciendo quedarán vacíos estos salones.

(*El rey Artus y el senescal se dirigen hácia el fondo de la escena mezclándose con los convidados. Percival y Tristan se han acercado miéntras al proscenio.*)

Percival.—¿Conoceis á la señora que va del brazo con Kenneth, la que barre el suelo con la cola de su traje de terciopelo, y que alcanza al techo dorado de la sala con las soberbias plumas de halcon que lleva en la cabeza?

Tristan.—Es la esposa de Kenneth, la señora Ellinor, de la antigua estirpe real de los Fingal; y dicen que, como lo hizo Fingal en Erin, lleva ella sin límites el cetro en la casa de Kenneth.

Percival.—Y él, pobre nécio, ¿está conforme con eso? Mejor le estaria á él el vestido de cola que su traje de hombre.—Y aquella del cinturon y la vara mágica, que callada y extraña al bullicio parece entregada á sus meditaciones, ¿quién es?

Tristan.—Es Morgane, señor, la hermana del rey; la llaman "la maravilla del mundo" á causa de su sabiduría y profundos conocimientos en ciencias secretas; tambien se dice que ejerce la nigromancia.

Percival.—¡Mejor seria para ella saber guisar! De la mujer exijo obediencia ciega, sujecion á las órdenes del hombre; porque la sabiduría, lo mismo que la fuerza, es patrimonio nuestro, y no pasa de un juguete en manos de la mujer.

Tristan.—¿Unicamente juguete, Percival?

Percival.—Sí, Tristan, sí. Si quereis ver á la mujer tal cual es, tal como el Señor la creó para nuestro gusto, dadle la rueca y que dirija su mirada piadosa al azul del cielo, teniendo en su regazo una criatura: lo que pasa de ahí es por demas.—¿Qué hora es?

Tristan.—Se acerca la media noche.

Percival.—Me fastidia ya la fiesta; ¡ojalá terminara pronto!

Tristan.—¡Cómo! Percival, el brillo de estos salones, el bullicio de tantos alegres convidados no os divierte? En vano llegan á vuestros sentidos los aromas de esta atmósfera y las armonías de la música? No os llena de placer el sol de la opulencia real?

Percival.—Así me sucede. Allá en Pendennys, en mi castillo, tambien relumbran los salones, y tambien llegan huéspedes á mi llamado, y contemplan encantados mis riquezas, y me lisonjean por ellas. ¿Y aquí he de doblar la rodilla é inclinar la frente, cuando en mi casa el rey soy yo?

Tristan.—Bien veo, Percival, que os llama ya la fiel esposa y el amado niño.

Percival.—¿Qué decís?

Tristan.—Digo que mejor estaríais en Pendennys con vuestra esposa y vuestro niño.

Percival.—¡Cómo! ¿No combatí á Cathmor y á Swen el Danés? No soy Percival? No resuena glorioso mi nombre por esta verde isla, que en alabanza mia me llama el Matador de gigantes?

Tristan.—Es verdad, así os llaman.

Percival.—Y vos, señor Tristan, ¿creeis que me haya vuelto esclavo de la mujer que arrulla á los niños, les espanta las moscas y los divierte cual bufon? ¡Por San David! Señor, yo tomé á la mujer, mas la mujer no me tomó á mí!

Tristan.—¿Qué es pues lo que os falta? Por qué arrugais vuestra frente y vuestros ojos se oscurecen con nubes de tempestad?

Percival.—¡Qué sé yo lo que tengo! Me fastidia aun mi contento mismo; la dulzura siempre igual de todos los dias, me hace desear que algo amargue mi alma; así como un paladar consentido desea algo excitante, algo ardoroso para deshacerse de la monotonía.

Tristan.—¡Ah! Percival, no sabeis lo que deseais!

Percival.—Puede ser, pero no obstante, así lo deseo. En nuestro Wales hay un torrente al que llamamos Trent; sus aguas nacen allá arriba, en las montañas, y corren relucientes por las tierras. Pues bien, miéntras sus aguas espumosas se abren paso trabajosamente por los valles y saltan por las peñas, minan montes y prueban con vigor la solidez de los diques, son limpias cual líquido cristal, llenas de fuerza juvenil y de indomable potencia; en su curso llevan oro, y la trucha revolotea sin temor en su fresco fondo. Mas cuando sale del seno maternal, de la montaña, y entra en los campos ya sembrados, en donde sin obstáculos sus aguas se extienden hácia el vasto mar, entónces apénas se deslizan turbias y flojas sobre el suelo pantanoso, sin murmullo y sujetas al yugo de los puentes; obedecen al remo, mueven los molinos, y en su cieno viven los reptiles.

Tristan.—Así pues, pensais que....?

Percival.—Pienso ¡por mi honor! que tengo parentesco con el Trent y que no he nacido para mover las ruedas del hogar doméstico, perezoso y metido en el fango; y aunque mi esposa fuese mas fiel, mas llena de virtudes,—y creedme, señor, ella es mujer fiel á toda prueba,—y aunque tuviese alas de ángel en sus hombros, la mujer, el niño no llenan este pecho!—Pero vamos, señor Tristan; tomemos la copa de despedida, y despues emprenderé el viage á mi castillo.

Tristan.—¿Por qué os marchais tan temprano?

Percival.—Si no lo hago desde luego, sin duda lo haré ántes de que amanezca. (*Se van.*)

ESCENA II.

Música ruidosa en el fondo.—Sale la reina Ginevra, fatigada por el baile, y la acompaña Lancelot. Les siguen á alguna distancia Oriane, Mercia, Gawin y otros caballeros y damas.—Más al fondo Kenneth y Ellinor.

Lancelot.—Ginevra, no me atormenteis; me haceis delirar! Así como el fuego del sol quema el verde prado, así inflama vuestra mirada mi cerebro y áridas y ajadas se secan mis ideas. Oh! quién podria sufrir vuestra inconstancia! Vuestra sonrisa miente y vuestras lágrimas engañan; vuestro enojo es gracia y vuestro favor es odio. ¿Quién os entiende, quién os ha comprendido jamas? ¡Oh! si supiérais qué tesoro de amor encierra este pecho!....

Ginevra.—Hablad mas quedo, Lancelot!

Gawin, *en conversacion con Mercia.*—Por vuestros lindos ojos, Mercia, hablad: ¿me odiais?

Mercia.—¡Oh, no!

Gawin.—¿Y no hay una palabra consoladora para mí? Nunca habló en el fondo de vuestro pecho un dulce anhelo, un secreto deseo?

Mercia.—¡Oh, sí!

Gawin.—Pues bien, dadle expresion y voz. Hablad, Mercia, abridme vuestro corazon.

Mercia.—Quisiera casarme, señor....

Gawin.—(¡Justo cielo! ¡Qué francas son á veces estas niñas!)

Ginevra, *que ha estado hablando en voz baja y con interes con Lancelot.*—No me engañeis! El sueño ligero suele presentar á nuestra mente lindas imágenes que se disipan al primer albor de la mañana. En el odio hay verdad, mas no en el amor.

Lancelot.—Echais el lienzo mortuorio sobre lo que vive aún, y arrancais al corazon los retoños primaverales, al negar impasible el poder del amor!

(*Continúa hablando á media voz con Ginevra, miéntras que Ellinor y Kenneth se adelantan al proscenio.*)

Ellinor.—No creais, señor Kenneth, poder engañarme. Confesad qué era lo que hablábais con la señora Morgan en aquella ventana, léjos del bullicio.

Kenneth.—¿Yo, Ellinor?

Ellinor.—Sí, vos; ¿pretendereis negarlo?

Kenneth.—Negar? No, absolutamente nada tengo que negar. Ella me habló de suertes de mágia, del curso de las estrellas y de los planetas, hasta que á mí se me acabó la paciencia y á ella el hilo. Yo querria que ella estuviese en una de sus estrellas!

Ellinor.—Indigno! ¿Y quereis que yo crea semejantes cuentos de niños y mentira tan torpe? Tan pronto como estemos en nuestra casa me la pagareis!

Gawin.—¿Qué teneis, Kenneth? Os sentís malo? Estais temblando como si tuviéseis la fiebre.

Kenneth.—No es nada, señor; tengo un ligero zumbido de oidos.

Glnevra *á Lancelot.*—Ya basta, Lancelot! Hay veneno y muerte en la miel de vuestras palabras. No quiero oir mas! Estoy fatigada y deseo descansar.

LANCELOT.—Soberana mia, aquí está el trono, dignamente adornado para recibir á la reina de la hermosura.

(*Conduce á la reina al trono, al rededor del cual se colocan las damas y los caballeros en grupos pintorescos.*)

GINEVRA.—No os alejeis, señor Lancelot. Vos sois mi caballero, sentaos á mis pies. Acercaos tambien, nobles damas y afamados caballeros; aprovechemos este rato de descanso para entregarnos á amena conversacion. Antes de todo, decidme ¿quién entre vosotros conoce al caballero que está recostado sobre el aparador, al caballero de tez tostada por el sol y de negra y rizada cabellera?

ORIANE *con volubilidad.*—¿Hablais de Walladmor, el que llevaba las cartas de su amada á sus propios rivales? O del esbelto Lionel, que enlazó su primavera con el invierno de la señorita Signes, y rinde, embriagado, homenaje á los marchitos atractivos de su amada?

GINEVRA.—No es ese.

ORIANE.—Entónces hablais acaso de Ethelrich, quien durante siete años enamoró á Mildred, hasta que ella en el octavo se casó con Westmoreland; á su lado está el señor Joscelin calculando cuántas caballerías de tierra lleva su mujer en pedrería en sus bucles. Despues de él está....

GINEVRA.—Ese es, lengua mordaz; despues de él está un caballero cubierto con una piel de oso, y que sin adornos ningunos en su persona se burla del brillo de la fiesta.

ORIANE.—Oh! ese es Percival, reina mia; al que llaman el Matador de gigantes.

GAWIN *á Ginevra.*—¿No conocíais á ese hombre tan temible en el combate?

GINEVRA.—No es su nombre sino su persona la que me era desconocida.

ORIANE.—¿Y cómo habíais de conocerle, señora? El vejetó allá en sus montañas durante tres años, léjos de la

corte de su soberano, desde que introdujo á su esposa en el hogar.

KENNETH.—¡Cómo! ¿Se casó?

LANCELOT.—¿Percival es casado? El, que es mas orgulloso aún que poderoso y afamado, y que no encontró ninguna dama que fuera digna de él en la corte del rey Artus?

ORIANE.—El mismo.

ELLINOR.—¿Aquel á quien la sangre real le pareció demasiado pobre para mezclarla con el torrente de la suya?

ORIANE.—El mismo, el mismo Percival.

GINEVRA.—Y decidme, ¿de qué familia es la esposa que eligió?

ORIANE.—Aún no ha llegado de las lejanas montañas de Wales noticia del nombre y de la familia de su consorte.

GINEVRA.—Allá viene él mismo, ¿se lo pregunto?

ORIANE.—¡Oh! sí, mi reina; yo en lugar vuestro se lo preguntaria.

ESCENA III.

PERCIVAL, TRISTAN *y los anteriores.*

PERCIVAL.—¡Por Dios! Jamas corrió por mi garganta un vino de mas vivo fuego y de aroma mas delicado! El rostro me arde, mi pulso vuela y en los lábios tengo como con alas ligeras cualquier secreto de mi alma! Pero ¿qué hago yo aquí entre cortesanos que ostentan orgullosos ricos trajes, anhelando distinciones y gastando bellas palabras? Me parece que ya debo retirarme.

TRISTAN.—Percival, la noche cubre aún los valles con su manto; no debeis marcharos ántes del amanecer.

GINEVRA.—¿Señor Percival?

PERCIVAL.—¿Quién me llama?

TRISTAN.—Es Ginevra, la reina. Os llama, acercaos.

GINEVRA.—Señor Percival, querreis confesarnos quién os venció, á vos el invencible?

PERCIVAL.—¿Qué quereis decir, mi reina?

GINEVRA.—¿Sois casado?

PERCIVAL.—¿Quién lo dice?

GINEVRA.—¿No sois casado?

PERCIVAL.—¿Yo? Por supuesto! ¿Pensais que de ello me avergüence? No, absolutamente! ¿Habia yo de negar á Griseldis, á mi esposa? Jamas la tierra vió mujer mas linda, y no obstante, la hermosura es la menor de sus prendas; porque ella es religiosa, humilde como la violeta, sufrida como una oveja, llena de ternura y de fidelidad, sencilla, natural, y sin embargo, de claro entendimiento. He visto á muchas mujeres, pero á ninguna que fuese mejor.—¡Qué importa que ella naciera de un carbonero, ó que sangre noble corriera por sus venas!

GINEVRA *en voz baja á los que están cerca de ella.*—¿Es posible?

ORIANE.—¡Esto es inaudito!

GAWIN.—¡Hija de un carbonero!

ELLINOR.—¡Se me ofusca la mente! Qué horror! ¿Como pudo manchar así su nobleza tan antigua?

GINEVRA.—Señor Gawin, sírvaos de ejemplo Percival: así acaba el odio que se tiene á las mujeres.

GAWIN.—¡Oh! si yo odiara, señora, esto probaria que ya habia amado; pero la experiencia pone freno á mis sentidos y el casamiento es un paso grave. ¿No es verdad, mi bella Mercia?

MERCIA.—¡Vaya si lo es!

Gawin.—¡Sin duda! ¿Os casaríais con un carbonero negro de hollin?

Mercia.—¡Oh! no.

Percival *á Tristan.*—¿Qué secretos tienen aquellos? Por qué se sonrien, por qué cuchichean? ¡Por San David! ¿Se trata de mí acaso?

Tristan.—Percival, vos conoceis ya el modo de las mujeres; ¿no las veis siempre tratar en secreto lo mas trivial, como si fuera cosa importante? Dejadlas, ¿qué os importan?

Ginevra *á los que están cerca de ella.*—¿Lo deseais? Pues bien, voy á hacerlo.—Señor Percival, considerad qué grande es la afrenta que nos haceis por no haber traido á nuestra presencia á Griseldis, á ese modelo de las mujeres! ¿Por qué nos habeis privado de verla?

Percival.—No ha sido mi órden sino su deseo lo que la detuvo; se quedó en mi morada al cuidado de su niño.

Ginevra.—¡Oh tierno cariño maternal, que da á sus virtudes el supremo lustre de perfeccion! Pero ya que tanto lamentamos su ausencia, decidnos: qué buena suerte puso un tesoro tan rico en vuestras manos?

Percival.—Reina y señora, si deseais saberlo, no me avergüenzo de contároslo con toda exactitud; ¿por qué no habia de hacerlo? Yo soy hombre libre.

Ginevra.—Comenzad, pues, señor Percival.

Percival.—Reina y señora: hace tres años que todos mis vasallos me rogaron é instaron á que me casara, para que no saliera de mi estirpe la herencia y los dominios de mis padres. Mas yo habia observado mucho el corazon de las mujeres en esta real corte; ví que eran maliciosas, falsas, engañadoras, sin querer sujetarse á ningun mandato, tercas, llenas de vanidad, y en cambio sin fuerza y sin fé, abusando atrevidas de la confianza del hombre, satisfaciendo sus deseos ilimitados; y no encontrando ninguna digna

de mi eleccion, perdí la inclinacion y el gusto de casarme, y no estoy arrepentido de que así sucediera.

Ellinor *á media voz á las damas.*—Su traje de búfalo es suave en comparacion de su lenguaje!

Oriane.—¡Es un atrevido!

Ginevra—El lo pagará. (*A Lancelot, que se adelanta disgustado:*) No os alarmeis, Lancelot. Continuad, señor Percival.

Percival.—En una tarde de verano hallábame cazando en los bosques, lleno de disgusto, sombrío, reconcentrado en mí mismo y llevando en mi cerebro muchos pensamientos. Caminaba yo, y sin que mis ojos los guiaran, me llevaban mis piés al acaso, mas y mas adelante, cuando las aguas cristalinas de un arroyo que riegan aquella selva detuvieron mis pasos, y alzando la vista, reina mia, ví á una niña celestialmente bella, y no obstante, no conociendo aún su belleza; una niña, reina, en cuya frente estaba escrito con letras de oro que Dios en el cielo, cuando la habia creado, se sonrió benigno y dijo: "Eres perfecta!"—Esa niña, reina, que ahora es mi esposa, estaba parada en la orilla del arroyo llena de alegria.

Ginevra, *á media voz á las damas.*—Sin duda tomaria un baño para limpiarse del hollin del horno de su padre.

Oriane.—Oh! no, señora! ¿Cómo habia de exponerse á que una ola borrara de su frente la inscripcion que decia que Dios la habia creado bella y perfecta? No, no se hubiera atrevido á eso!

Percival *á Tristan.*—¡Cómo alzan las narices y miran sonriéndose hácia nosotros! Por San David! Tristan, creo que se burlan de mí!

Tristan.—Suponeis siempre lo peor, Percival; que se diviertan con sus chistes sin sustancia, ¿qué os importa?

Percival.—¡Peste sobre la lengua de las mujeres!

Ginevra *á los que están cerca de ella.*—Refrenad vues-

tros chistes y dominad vuestras facciones, para que se nos prolongue la diversion!

Y bien, Señor Percival, continuad!

PERCIVAL.—¿Que queria yo decir? Ah, eso es! Ella estaba de pie en la orilla del arroyo; su cabello castaño caía en bucles sobre su delicado cuello, y en sus hombros se veía una paloma que, muy sosegada, apenas movia sus blancas alas. Mas de repente se agacha—es decir, la niña—hácia el arroyo y mete sus pequeños pies en las aguas cristalinas, cubriendo con la cenefa de muchos colores de su traje lo que no tapaban las aguas,—y yo, escondido tras el arbusto espeso, alabé en mi interior el pudor de la niña. Y así sentada, y fijando su mirada en las olas, que murmurando jugueteaban con sus blancos pies, no pensó la niña,—como suelen hacerlo las mujeres,—en sonreirse enamorada de su propia cara, sirviendo el espejo de las olas para reflejar sus adornos y su peinado, no, cual tierna criatura, infló sus mejillas, hizo graciosos gestos y se rió con risa infantil cuandosus atractivos, vueltos caricaturas, se reproducian en el arroyo. Entonces dije: no es vanidosa tampoco.

KENNETH.—¡Qué niña tan linda!

ELLINOR.—¿Qué os importa la carbonera? Por Dios! supongo, señor, que no la conoceis?

PERCIVAL.—Y á lo lejos, por entre las montañas, sonó la campana de la oracion; y entonces ella quedó quieta y pensativa, y presurosa separó el pelo que se le habia caido sobre el rostro y elevó pensativa su angelical mirada, hácia las nubes rojas que teñia el sol poniente, mientras que sus labios se movieron murmurando, cual las hojas de la rosa movida por el céfiro. Ah! religiosa es tambien, pensé yo en el fondo de mi alma. Ella, persignándose, levantó la cara sonrosada por el arrebol, y ceñida por la auréola de la devocion, y piadoso anhelo envolvió sus ojos en vaporosa nube! Oprimió contra su cándido pecho á su paloma, la

acarició besando su plumage blanco cual la nieve, y se sonrió cuando la avecilla intentó herir con su rojo pico los frescos labios de la niña. Cómo la habia de acariciar, pensé entonces, si fuese hija suya y de su amor! Oyose á la sazon una voz por detras de las matas, que gritaba: "Griseldis, ven, Griseldis;" y ella, al oir esa voz lejana, saltó veloz, apenas secó sus pies, y como un rayo corrió por encima del cesped, húmedo del rocío, mientras que la paloma la seguia volando, hasta que en la negra espesura de la selva perdí de vista el último vestigio de su traje. Tambien es obediente, me dije á mí mismo; y reflexionando sobre lo que habia presenciado volví á mi habitacion.

Ginevra.—En verdad que contais tan maravillosamente, con tanto entusiasmo y con tal verdad, que el sonido de vuestras palabras toma forma para el oyente. De veras, veo á la niña hechicera sentada al borde del agua, haciendo muecas, pero muecas muy bonitas á pesar del hollin. ¿No es verdad, Señor Percival?

Oriane *á media voz á la reina.*—Os suplico que mireis cómo se le hinchan las venas y se le encienden las mejillas.

Ginevra *á Oriane.*—No importa; que sufra algo por habérsenos presentado en traje de buey.

Percival *á Tristan.*—¡Quisiera envenenarlas con mi vista. Se me exalta la bilis, me ciega el corage!

Tristan.—Señor Percival, moderaos; dejadlas hablar y no os aconseje la sangre agitada.

Ginevra.—Contadnos ahora, señor Percival, lo que sucedió despues, y cómo finalmente habeis logrado hacer esposa á vuestra amada tan tierna.

Percival *entre dientes.*—Yo espero que llegue mi tiempo, y llegará! Reina y señora: al dia siguiente convoqué á mis vasallos á mi castillo, y á caballo, con traje de fiesta, salí con banderas desplegadas y al son de las cornetas á la selva espesa que fué cuna de los atractivos de Griseldis.

Delante de su cabaña se detuvieron mis vasallos, mientras que yo entré en ella. La niña estaba sentada en medio de sus padres, con la frente alta y los ojos vivos é inteligentes. El padre, ciego, acariciaba á Griseldis las mejillas, miéntras que la canosa madre jugaba con su cabellera, y pronto conocí que la hija era el todo de los ancianos. Por eso me detuve delante de ellos con pronta resolucion y dije: ¿Griseldis, podrás amarme?—Ella clavó en mí una mirada investigadora de sus entendidos ojos, y ruborizándose profundamente inclinó la cabeza en señal de afirmacion. De nuevo pregunté: "¿Quieres, Griseldis, ser mia y separarte de tus padres?" Y ella dijo: "Sí!"—Yo pregunté de nuevo: "Griseldis, ¿quieres serme fiel y obediente, reconociéndome como á tu señor?"—y ella dijo: "Sí!"—Entónces deposité en sus labios mi primer beso; los ancianos padres bendijeron á su hija, y yo, tomándola con brazo fuerte me la llevé á donde me esperaban mis vasallos. "Mirad" les dije: "esta es vuestra señora, es mi novia!" Sonaron las cornetas y el júbilo llenó las filas enteras; mas yo me la llevé á donde el sacerdote bendijera nuestra union y así, reina y señora, me casé.

Ginevra.—Recibid nuestra felicitacion, señor, y que siempre arda *como horno de carbon* el fuego de vuestro amor.

Ellinor.—Será permitido, señor Percival, preguntar ¿cuántas arrobas de carbon os trajo de dote vuestra amada?

Oriane.—No le trajo mas que su corazon lleno de amor, pero *hecho carbon* por su ardiente cariño.

Ginevra.—Decidme, ¿vuestra esposa todavía infla sus mejillas y hace muecas? ¡que linda estará así! Pero basta de chanzas! Señor Percival, adios, y cuando llegueis á vuestra casa dad á Griseldis memorias de la reina. (*Quiere irse.*)

Percival *con corage.*—¡Antes haya puñal, peste, veneno y lepra que el sonido de tu nombre!

Tristan.—¿Estais loco?

Lancelot.—¡Esto exige sangre!

Percival.—Y la tuya se verterá! (*Ambos sacan sus espadas.*)

Ginevra.—Yo desfallezco.

(*Se apoya en Oriane. Tristan y otros caballeros se interponen entre Percival y Lancelot.*)

Tristan.—¡Separadlos!

Gawin.—¡Deteneos, abajo las armas!

Percival.—¡Retiraos!

ESCENA IV.

(*Los anteriores. Se presenta el senescal y en seguida el rey.*)

Senescal.—Abrid paso, señores, y apaciguaos! Esta es la casa del rey! Atras, señores!

Percival.—*Despues de rechazar á los caballeros que habian querido detenerlo.*—Fuera, viejo chocho, con tu baston blanco! Acercaos, señor Lancelot!

El rey *entrando agarra el brazo á Percival.*—Deteneos, digo, deteneos!

(*Calla la música, y toda la concurrencia viene del fondo, admirada de lo que pasa.*)

El rey.—¿Por qué interrumpís el brillo de esta fiesta y os sobreponeis á las melodías armoniosas con gritos de combate y ruido de armas. ¿Qué pasó, Lancelot? Hablad, Percival! ¿Qué pasó?

Percival.—¡Preguntad á aquella, preguntad á Ginevra!

Ginevra.—Rey y señor. ¡Atrevida arrogancia que des-

preció el privilegio sagrado de estos lugares, me afrentó á mí, á la reina, en tu mismo castillo!

El rey.—¿Cómo es eso, hablais la verdad?

Oriane.—Es verdad, así fué! Percival, encolerizándose á causa de palabras ligeras y chanzas inocentes, hirió á vuestra esposa con expresiones injuriosas, y he ahí el orígen de esta riña.

El rey.—¿Es esto verdad? Hablad, Percival.

Percival.—Es cierto, señor, que dirigí palabras duras á la reina, pero fué provocado por la burla y el menosprecio, porque ella injurió á mi esposa á causa de su orígen; porque ella hizo mofa de la madre de mi hijo, y porque, en fin, lastimó todos los sagrados sentimientos de mi alma con insulsas chanzas, llenas de hiel y de ofensa. Por eso lo hice, señor, y si otra vez me ofendiera así, por el nombre de mi padre, lo volvería á hacer!

El rey.—Tu has profanado el santuario de este castillo; en mi esposa, me has ofendido á mí, á tu rey y señor; has empañado el lustre de la corona con el aliento de tu boca.

Percival.—Por San David! Señor. ¿Por qué injurió ella á mi esposa? Aunque hija de carbonero y nacida en la selva, es honesta, fiel y llena de tierno amor; ninguna mujer puede vanagloriarse de ser mas rica por legítimos adornos del alma! Ninguna de vosotras, señoras de alta alcurnia, y aunque fuéseis formadas de masa aun mas fina, y adornadas con trages de mas colorines, llega á la hija del carbonero; ninguna, os lo digo con verdad, ninguna!

Oriane.—Atrevido! Ofendeis á la reina!

Tristan *á Percival.*—Recobrad vuestra serenidad; estais llenando mas y mas la medida, que ya rebosa.

Percival *á la reina, la que con trabajo reprime su furor.* —¿Por qué os enojais, reina y señora? Yo no tiemblo ante los rayos de vuestra mirada, no! Y con franqueza, delante de todos, os digo: "que si justicia y mérito decidieran en

esta tierra, aquella á quien vos injuriais seria la reina y vos tendríais que arrodillaros ante la hija del carbonero."

GINEVRA *al rey Artus.*—¿Y semejante ofensa escuchais callado y quereis que yo la sufra?

EL REY.—Silencio, Ginevra!—Ni una palabra mas, Percival!—Respetad al rey! Por ambos lados pesa el mal, ninguno de los dos teneis que perdonaros; pero la dignidad real exige que ella quede satisfecha, así como las prerogativas ofendidas de este castillo. Por eso, Percival, debes tú expiar tu culpa; pero bondadoso y considerado ha de ser nuestro fallo; queremos gustosos perdonar y olvidar; pero, retráctate de tus palabras!

PERCIVAL.—¿Yo retractarme? Jamas!

EL REY.—Yo lo exijo, retráctate!

PERCIVAL.—Y yo lo juro; antes se hundirá el cielo.

GINEVRA *despues de unos momentos de reflexion.*—Permitidme una palabra, mi rey y señor! Permitid que corte el nudo la que lo hizo! Señor Percival, no teneis que retractaros, y yo me arrodillaré ante la hija del carbonero.

PERCIVAL.—¿Qué decís?

LANCELOT.—Esto es inaudito!

ELLINOR.—Ella desvaría!

EL REY.—Ginevra, ¿os chanceais?

GINEVRA.—Dejadme acabar. Yo me arrodillaré, caballero, ante la hija del carbonero, si me dais pruebas de que vuestra esposa es tan virtuosa, tan fiel y tan llena de amor hácia vos, y tan adicta á vuestra suerte, que si justicia y mérito decidieran en esta tierra, *ella* seria la reina y llevaría la corona de Inglaterra. Si esto me probais, entónces me arrodillaré delante de ella!

PERCIVAL.—¿Vos haríais eso?

GINEVRA.—Sí lo haré!

EL REY.—¿Cómo es eso, Percival? ¿Quereis que decida

la cuestion un combate tan dudoso, una cuestion que tan facilmente podrá resolver una palabra de arrepentimiento?

PERCIVAL *decidido.*—¿Y cuáles son las pruebas, reina y señora, que pedís?

GINEVRA.—Primero quiero que quiteis á Griseldis el vástago que nació de ella, que éste sea entregado á vuestro soberano quien desecha vuestra eleccion y tambien su fruto, y quien, si os negais, os amenaza con la proscripcion!

PERCIVAL.—Ella ama á su hijo con toda su alma, pero más me ama á mí! Ella dará su vida y la de su hijo por mí! ¿Y yo habia de retractarme?—Proseguid, señora!

GINEVRA.—En seguida exijo, señor, que repudieis á vuestra esposa en sala abierta delante de vuestros vasallos, y que sin amparo, pobre y con el trage con que vino á vuestro lado, la volvais á su cabaña, así como la recibísteis, sin amparo, pobre y con su trage ordinario.

PERCIVAL.—Proseguid, reina y señora.

GINEVRA.—Griseldis, no obstante que todo esto la haya herido profundamente, debe guardar hácia vos igual cariño, no debe cambiar en odio el fuego de su amor, ni en rencor sus callados sufrimientos, sino que os ha de amar más en su desgracia que cuando le dísteis el abrazo de novio.

PERCIVAL.—¿Y entónces?

GINEVRA.—Entónces se arrodillará Ginevra ante. Griseldis! Pero si no es así, si ella no sale pura como el oro de estas grandes pruebas, entónces se arrodillará Percival á mis pies!

PERCIVAL.—Antes se tocarán los polos de la tierra!

EL REY.—Señor Percival, moderad vuestro orgullo! ¿Acaso es deshonra que os retracteis y acaso duele ésto mas que el horrible martirio de esas pruebas?

GINEVRA.—¿Por qué vacilais? Decidíos, Percival!

PERCIVAL.—¿Acaso pensais que me asustan vuestras condiciones? Griseldis saldrá victoriosa de las pruebas mas

duras, estoy tan cierto de ello como si hubiera sucedido ya. Ahí teneis á su padre—Cédric se llama este hombre,—es un pobre carbonero, ciego, de avanzada edad, pero áspero, indomable, de carácter terco, que aun á mi poder y dominio se opone. Enfurecido le despedí de mi casa, porque en su terquedad me negó el respeto debido. Griseldis lloró entónces, sí, reina y señora, ella lloró, pero calló. Os diré mas aún. Hará un año que estaba yo en cama próximo á la muerte, por heridas mortales, y á la vez se enfermó la madre de Griseldis y queria bendecir á ésta ántes de morir. Mas ella, aunque inconsolable y profundamente afligida, no se separó ni un momento de mi lecho, hasta que sané. La madre murió miéntras, y no vió mas á su adorada hija. —¿Y yo habia de temer?—Reina y señora, bien puedo emprender el combate; yo soy su todo, y la victoria es mia!

ORIANE.—Primero conseguidla y despues podreis celebrarla!

TRISTAN.—Los hechos han confirmado el amor de Griseldis, pero no vaya á ser que la confianza ofusque vuestra mente; no lo hagais, señor Percival!

PERCIVAL *á media voz, como hablando consigo mismo.*—Dolor agudo y pena inmensa traspasará su noble pecho al caminar por esa vía de dolores; pero por el bien mio apure ella el cáliz y enseñe lo que puede su amor inmenso! Reina y señora, quereis que decida el combate, sea pues; él ha de decidir!

EL REY.—¿Lo aceptais?

TRISTAN.—Insensato, os perdeis!

EL REY.—Pensad bien lo que resolveis, Percival! Por ahorraros una gota de hiel, dais á Griseldis la medida llena! Seguid mejor consejo que el del momento; os concederémos con gusto tiempo para que reflexioneis!

PERCIVAL.—Mi palabra de caballero vale por todos tiempos!

Ginevra.—Pues bien! El rey nombrará á dos caballeros que os acompañen á vuestra casa, para que sin prévia advertencia se presenten en todo su esplendor el mérito y la virtud de vuestra esposa; y no acabará esa prueba, ni se aclarará su tejido de problemas, hasta que no levante yo misma el oscuro velo. ¿Prometeis eso?

Percival.—Sí, reina y señora, lo haré!

El rey.—Cúmplase pues vuestra voluntad, Percival! que Gawin y Tristan os acompañen; la paz sea con vosotros!

Percival.—Señor, quedad con Dios! Vámonos ya! á caballo, á caballo, compañeros! ya amanece, y cuando brillen las estrellas nos recibirá hospitalario mi castillo de Pendennys. (*Se va con Gawin y Tristan.*)

El rey.—Ginevra, venid! Concluirémos esta fiesta que amargó el rencor y la discordia, y al amanecer corred á Pendennys para que pronto acabe éste engaño sombrío. A mí me conduce la caza á aquellos valles, y mucho deseo que ya os encuentre reconciliados, porque lo que pecó el orgullo no debe expiarlo el amor!

Ginevra *á media voz á Oriane.*—En el polvo ha de arrodillarse Percival á mis pies!

Fin del acto primero.

ACTO SEGUNDO.

El Castillo de Pendennys.—Es de noche; una lámpara alumbra escasamente el foro; éste representa un cuarto abovedado revestido de madera de ensambladura y obra escultural. En el fondo está la entrada principal y á la izquierda del espectador hay una puerta.

ESCENA I.

Griseldis entra por la puerta lateral.

Griseldis.—¿En dónde se detendrá Ronald? La noche reemplaza ya al crepúsculo, la pálida luna se esconde entre las nubes y las neblinas suben lúgubres desde el Trent!—¿En donde se detendrá? no le habrá acontecido alguna desgracia? ¡Pero silencio! Qué oigo! algo se mueve en el pórtico, la puerta gira; él es! (*Se abre la gran puerta del fondo; Ronald entra*) Bienvenido seas, Ronald! Hace tiempo que te esperaba!

Ronald.—Señora! Tendrémos esta noche una fuerte tempestad; se amontonan las nubes tan oscuras, que perdí varias veces de vista el camino, y la oscuridad detuvo mis pasos precipitados.

Griseldis.—¿Me traes noticias? Has visto á mi ciego padre, al venerable anciano?

Ronald.—Le ví, señora, cerca de su cabaña, allá en donde el roble antiguo se eleva magestuoso de entre el mar de hojas verdes de los arbustos. Le encontré recostado sobre el musgo, y á su lado, el muchacho su guia.

Griseldis.—¿Y le hablaste? ha cambiado tu mision de paz su enojo en dulzura y amor?

Ronald.—Señora, bien le conoceis: él fácilmente se irrita y con dificultad perdona! Con suave seriedad recibió mi saludo, porque siempre fué benévolo conmigo; pero cuando le comuniqué vuestras palabras tales como me las habíais confiado, frunció el entrecejo y en su frente se juntaron nubarrones oscuros, miéntras que en sus labios se asomó una risa mordaz. Anda, me dijo, dí á la mujer de Percival, que nunca pisará el carbonero el umbral del castillo del conde, y jamas cubrirá el techo de Pendennys la encanecida cabeza de aquel á quien el orgullo expulsó de los brazos de su hija y al que la ingratitud de ésta lleva al sepulcro.

Griseldis.—¿Entónces yo fuí, yo, su hija, quien lo expulsó?—Fué el Señor Percival, mi señor y el suyo; y ni aun *él mismo;* fué un momento negro, el pasajero mal humor, que en mala hora le arrancó la palabra violenta de sus labios.

Ronald.—Todo eso le dije; pero él, señora, enojado, se desató conmigo en estas palabras duras: "lo que ella misma no hizo, á lo ménos permitió que sucediera; ella pudo ver que su padre fuera expulsado de la casa, y solo virtió lágrimas; pero no halló palabras para su defensa."

Griseldis.—¡Oh cielos! ¿Pude oponer al enojo de Percival mas que lágrimas silenciosas? La sujecion completa únicamente puede abatir su rencor! Yo dejé suceder lo que no pude evitar, pero Dios, Dios en el cielo ha visto mi horrible dolor!

Ronald.—Así le repuse, pero nubes tempestuosas mas y mas espesas y oscuras aparecieron en su frente, y en seguida habló así: "Mucho le perdonaría, pero *un* hecho no perdonaré nunca, el que á la madre moribunda, que anheló abrazar á su hija, no le cumpliera su último deseo,—no

vino á recibir su bendicion. Murió la madre y ya no vió mas á su hija!"

Griseldis.—¿No estaba mi esposo cerca de la muerte, lo mismo que mi madre? ¿Me era permitido dejarle, pude entregarle al cuidado de extraños que no tienen corazon? Lo que mi alma sufrió en esos dias, lo sé sola yo; el desasosiego y el miedo, el deseo ardiente del amor de la hija en lucha con el deber y el amor de la esposa—eso solo lo vió Aquel que cuenta nuestras lágrimas!

Ronald.—Tambien eso le dije, pero él ....

Griseldis.—Habla, ¿por qué te detienes, qué es lo que quieres ocultar?

Ronald.—Señora, valdría mas que me callara; es dura la frase que pronunció, y os heriría profundamente!

Griseldis.—No me ocultes nada!

Ronald.—Pues bien, él dijo, con las facciones demudadas, con el rostro inflamado y en abierta cólera: "¡maldicion, maldicion al sonido de nombres altaneros; maldicion á la vana ostentacion y al alarde de la grandeza! Ellas me han robado á mi hija! Por brillo y lustre, por tener mucha servidumbre y por grandeza producida por el oro, ha despreciado ella la choza del carbonero y desoido el último adios de su madre!" Y diciendo esto se levantó violento, se agarró del brazo de su guia, y despidiéndome con la mano, dirigió sus pasos á la oscuridad del bosque.

Griseldis.—No, esta culpa no recarga mi conciencia! Ni brillo, ni lustre, ni vana ostentacion influyeron en mi eleccion. A Percival me liga únicamente mi amor. Por el tesoro de cariño que su pecho encierra, por este oro puro, por esta joya de amor, entregué mi alma; por ese brillo de sus ojos queridos, no por poder y lustre y vana ostentacion. Si el amor fuese pecado, entónces seria yo culpable! Por mi amor tuve que privarme de la bendicion de mi querida

madre, pero mi amor es mi único orgullo, mi amor es toda mi dicha!

RONALD.—Estais convencida de no tener culpa ninguna; tened, pues, valor! Confiad en el tiempo, y soportad la acusacion!

GRISELDIS.—¿Y llegará al fin el tiempo tan descado, de que el padre vuelva á los brazos de su hija?

RONALD.—Sin duda; ese tiempo vendrá acaso ántes de lo que esperais! Todavía está su pensamiento en los sitios mas conocidos de este castillo; con frecuencia pregunta: "como sucedió ésto y qué éxito tuvo aquello," y muy frecuentemente y con el interes del abuelo se acuerda de su nieto querido.

GRISELDIS.—¿No me engañas? ¿eso hizo?

RONALD.—Así lo hizo, señora! Esperad, pues, mejor época; esperad que á la reflexion cedan el lugar las pasiones fuertes; que la costumbre agradable de tiempos pasados le haga necesario ver al niño, recrearse en su lindo nieto, y tambien vuestra insistencia sin descanso le vencerá al fin! Confiad pues; el padre abrirá los brazos á su hija cuando ménos lo espere, cual la roca que desde tiempo atrás se ha movido minada por las olas que se estrellan contra su base, una vez vencida, se derrumba.

GRISELDIS.—Tú nutres con el rocío de la esperanza mi alma afligida y recreas mi corazon agobiado con dulce consuelo! Te doy las gracias, pero ahora descansa!

RONALD.—Dios os bendiga, señora! El sueño calme vuestros sufrimientos! (*Se va.*)

GRISELDIS *despues de reflexionar un momento.*—La madre murió y no vió mas á su hija! Oh santa! si desde esas altas regiones puedes dirigir tu mirada á nuestra pequeña tierra, dime si perdonaste que la mano de tu hija no cerrara tus ojos, que no exhalaras entre sus brazos el último aliento de tu pecho maternal. Tambien tú abandonaste,

asida de la mano de tu amado, la patria, el valle de tu infancia; fundaste aquí tu nuevo hogar y patria, y llegaste á ser una extraña en tu casa paterna! Sí, tú has perdonado que el deber de esposa y el amor me detuvieran léjos de tu lecho mortuorio, aunque el anhelo y el deseo frustrados amargaran tu muerte y tu alma me culpara de ingratitud! ¡Qué reproche tan acerbo, qué sospecha tan dolorosa! ¿Es cierto que del mal hay siempre mas que del bien, aun en la virtud y aun en el amor? Y es demasiado el amor que yo le tengo? Puedo darle por la prenda no compartida de su existencia y de su corazon ménos que á mí misma, mi corazon, mi vida sin límites y toda entera? No fué mi juramento el de amarle fiel siempre? No es este mi deber y no es esta mi voluntad? No es la dicha mas grande en esta tierra "amar y ser amado, hacer feliz amando?" Oh! no flaquees, corazon, en tu amor! Conserva, Griseldis, la mente despejada, soporta sin vacilar las apariencias de la culpa y el enojo del padre, y paga resignada con una gota de acíbar la dicha inalterable de tu amor! (*Se acerca pensativa á la ventana.*) Oscuridad incolora cubre los valles; todo se vuelve tinieblas impenetrables! Voy á descansar.— Percival querido, ¿te habrás acordado de mí, rodeado del lujo y del esplendor del castillo real? Sin duda has pensado en mí, porque así como tus facciones están grabadas en mi alma, así debe mi imágen estar al rededor de tí en donde quiera que te encuentres. ¡Buenas noches! Que duermas tranquilo, amado Percival! Voy á ver á nuestro querido hijo, y en seguida me iré á mi lecho.

(*Se prepara á irse, y al querer salir por la puerta que está á la izquierda, entran por la principal Percival, Gawin y Tristan.*)

ESCENA II.

PERCIVAL.—TRISTAN.—GAWIN.—GRISELDIS.

PERCIVAL.—¡Griseldis!

GRISELDIS *corriendo á su encuentro.*—¡Percival! Ya estás de regreso! Te vuelvo á ver, amado Percival!

PERCIVAL.—Te saludo, querida Griseldis.

GRISELDIS, *en los brazos de Percival.*—Percival, ya te tengo otra vez en mis brazos! Estuviste tanto tiempo fuera, tres largos dias! ¿No has pensado en mí y has hecho la corte á las señoras en el palacio del rey? No, no lo has hecho, ¿verdad? Ahora ya no te volverás á ir; ahora ya no te separarás de mí! Dame un abrazo, Percival mio! El sol ha quemado mucho tus mejillas! Qué contenta estoy, qué feliz me siento apoyada en tu pecho!.. Percival mio, mi señor, mi protector, mi esposo!

PERCIVAL.—Griseldis, ¿no ves que....

GRISELDIS.—¡Y lo que perdiste por no estar aquí! Figúrate: Athelstan, nuestro querido hijo, corrió ya por toda la galería sin los tirantes y sin caerse una sola vez; el anciano Allan casi lloró de alegria; y, mira, mis palomas empezaron á volar. Tambien estuve triste, sí, muy triste, porque ademas de que me faltabas tú, hubo otras cosas que me mortificaron y me lastimaron. Pero ahora, vamos á ver si te has acordado de la madre y del hijo: veamos, ¿qué cosas buenas has traido de la fiesta del rey? No trajiste nada? Lo has olvidado? ¡Ay, qué papá tan malo!

PERCIVAL.—Pero mira, Griseldis, te traigo huéspedes. Diles que sean bienvenidos. Ellos son dignos compañeros de la Mesa Redonda y buenos amigos mios. ¿Oyes, Griseldis?

GRISELDIS, *avergonzada y ruborizada.*—(No ví mas que á él.) Perdonadme, estimados señores.

TRISTAN.—Eso os pedimos nosotros. No queremos que nuestra venida os amargue el gusto de haber vuelto á ver al señor Percival, ni os disminuya una justa y completa satisfaccion.

PERCIVAL.—¡Ay! Tristan, omitid bonitas palabras. Vosotros sois bienvenidos, os lo garantizo. ¿No es así, Griseldis?

GRISELDIS.—Es verdad, señores. Aunque con algun retardo, de todo corazon os doy la bienvenida. Si gustais, seguidme á la sala.

PERCIVAL.—No, mira, nos quedaremos aquí.

GRISELDIS.—Vais á despertar al niño que duerme aquí al lado! ¿Quieres besarlo, Percival?

PERCIVAL.—Mañana habrá tiempo para eso, y ahora vé, Griseldis, procura que nos den comida sólida y copas llenas; hemos cabalgado largo camino y allá fuera brama la tempestad como si se tratara de acabar con la tierra y los astros! —Anda, Griseldis, vé!

GRISELDIS.—Voy, señor. Todo lo que ofrece la casa os será servido, solo os suplico que no desperteis al niño.

(*Sale.*)

ESCENA III.

PERCIVAL.—TRISTAN.—GAWIN.

PERCIVAL, *quien se ha sentado en un sillon.*—Otra vez, señores, seais bien venidos á Pendennys, á mi sencilla casa!

Ya habeis visto que me reciben bien; ¿y qué decís de la hija del carbonero? ¿Qué os parece?

Gawin.—Jamas facciones mas lindas representaron mas pureza, y aunque á veces engañan la apariencia y el exterior, sus ojos descubren el valor de su alma, como la llama azul enseña el lugar en donde hay tesoros enterrados.

Tristan.—Como el vello al durazno, así cubre los modales de Griseldis con su sombra su linda timidez, y la inocencia de una criatura tierna sonrie en su frente.

Percival.—Ya veis, señores, que no he exagerado; que mi mujer es hermosa, que tiene aún mejores cualidades que la hermosura; y que yo no he aceptado sin reflexion el desafío: de eso habeis de ser testigos. La victoria es mia, la reina tiene que arrodillarse!

Gawin.—Griseldis ama á su hijo y se negará á entregarlo.

Percival *levantándose violentamente.*—Parece que estais soñando, señor! Negarse ella, y á mí! Separad mi brazo de mi cuerpo si no venzo! Estuve tan seguro de ello antes de que hubiera dado mi palabra, tan enteramente seguro, por mi barba! tan seguro como si hubiera tenido en la mano carta y sello! Por mí, abandonó al padre y á la madre, á mí no me abandonó ni en su mas acerbo dolor; la victoria es mia, la reina debe arrodillarse!

Tristan.—¿Y á esta mujer á toda prueba en dolor y penas; á esta mujer fuerte, fiel y pura como una niña, quereis hacerla sufrir, martirizarla hasta que muera y medir con un puñal la profundidad de su corazon, que solo late por vos? Quereis llenar de lágrimas los ojos que derramando amor solo buscan vuestra mirada?—¡Oh! reflexionad, no os aferreis en vuestro propósito!

Percival.—Por San David! Quedar firme en mis propósitos ha sido siempre mi costumbre, y tanto mas lo es ahora, que ese desafío atiza mi voluntad, enciende mi san-

gre, irrita mis nervios y me quita el disgusto del alma, como el viento ahuyenta la neblina de los valles. Por Dios, esta noche ha de quedar resuelto, si la victoria es mia y si la reina tendrá que arrodillarse!

Tristan.—No hagais eso, no lo hagais hoy. Dejadla dormir, no le amargueis el gusto de haberos vuelto á ver! La lastimareis doblemente, si hoy la lastimais!

Percival.—¿Y si lo hago qué significa eso? El dolor soñado produce al despertar alegría! Si á mí el capricho y la tentacion me inducen á castigar mi cuerpo con ayunos, á lacerar mis espaldas con azotes, á herir mi mano con puñal agudo, ¿quién tiene derecho de censurarme? ¿quién? Griseldis es mi esposa, es cuerpo de mi cuerpo y hueso de mis huesos. Dejadme obrar; vosotros decís que ella me ama: en hora buena; ella ha de probarlo!

Tristan.—La accion es vuestra, pero mio fué el buen consejo!

Percival.—A mí me incita la victoria, y hoy todavía ¡por Dios! ahora mismo voy á conseguirla. Me sentaré aquí con el rostro sério y la frente arrugada, de manera que nunca las nubes de la noche tempestuosa han de ser mas amenazadoras que mis facciones, y quiero suspirar en competencia con la tempestad y el viento. Ah! señor Gawin, á propósito, ahora recuerdo: cuando Griseldis se desprenda del niño, le llevareis á una pobre mujer que fué nodriza mia y que vive en una humilde choza al pie del monte del castillo.—Pero silencio, ella viene.

Tristan.—Por última vez, Percival.....

Percival.—Basta de palabras! Retiraos á aquel lado y cual jueces severos, observad el combate y la victoria.

ESCENA IV.

Los anteriores y GRISELDIS *acompañada por criados con jarras y copas.*

GRISELDIS.—La cena está preparándose y pronto estará lista! Refrescaos miéntras, estimados caballeros, con una copa de este rico vino: bebo por vosotros, contestadme como buenos amigos!

GAWIN.—Mil gracias! A vuestra salud, señora!

TRISTAN.—Bebo por que vuestros sufrimientos sean pasajeros y en cambio eternos vuestros goces!

GRISELDIS.—A tiempo escapásteis de la tempestad, que ahora ruje terrible en los montes y despierta el eco con voz de trueno, enviando rayo tras rayo por los aires.

GAWIN.—Vela un ángel que de vuestra bella cabeza los desvía.

GRISELDIS.—Sois demasiado bondadoso, señor. (*Miéntras los criados se han ido, Griseldis se acerca á Percival, quien sentado en un sillon parece entregado á sérios pensamientos.*) ¿Qué es esto, Percival? No quieres beber, desdeñas el refresco que ántes anhelabas? Qué tienes, señor? Tristes y severas están tus facciones, y en tu mirada arden llamas siniestras! ¿A dónde se fué la sonrisa con que me saludaste? Suspiras? ¡Percival, me infundes miedo! ¿Qué tienes, señor?

PERCIVAL.—Cansancio nada mas.

GRISELDIS.—¡No, no me engañes! Jamas sombras de disgusto mas oscuras nublaron como hoy tu frente. ¿Qué tienes, Percival? Comunícamelo.

PERCIVAL.—No, hoy no; dejémoslo para mañana.

GRISELDIS.—¡Oh! dime hoy mismo lo que he de oir; no

hagas que me desvele la silenciosa y larga noche, con tristeza, temor é inquietud.

PERCIVAL.—Pues bien, ya que tú lo quieres, escucha. El rey está colérico porque he ingertado el encino real con una ramita de sauce, porque el heredero de mi poder y de mis dominios ha nacido del seno de una carbonera; y por eso manda que al momento entreguemos en sus manos á nuestro hijo, so pena de que si me niego seré proscrito.

GRISELDIS, *sonriendo inocentemente despues de un rato.* Te chanceas, Percival; quieres engañarme! Estoy segura de que te burlas de mí; no puedes mirarme firmemente y sin pestañear. Inténtalo á ver si puedes. ¿Ya ves? Huyes de mis miradas y tus lábios palpitan. Sonríete; inventa otro chiste; á mí no me asustas!

PERCIVAL.—Tú eres quien te engañas, lo que te digo es la verdad. (*Señalando á Gawin y á Tristan.*) Estos señores representan la voluntad del rey y son los ejecutores de su real mandato.

GRISELDIS.—¿Quereis, pues, quitarme á mi niño? Disfrazaos ántes, señores, para que se os tenga miedo. Los espantajos suenan sus cadenas cuando se acercan, y la abuela del cuento, disfrazada de lobo, aulla cuando busca á los niños para comérselos. ¡Ah! señores, no es propio del traje de caballeros, con espuelas en las bótas, hacer el papel de duendes!

PERCIVAL.—No crees en mis palabras y juegas risueña, cual niña descuidada, con un hecho terrible. Hablad pues vosotros, los enviados del rey, y atestiguad si lo que digo es cierto.

TRISTAN.—El señor Percival dice la verdad.

GAWIN.—Es cierto lo que ha dicho, es la verdad. Se nos envia para que vuestro hijo nos sea entregado.

GRISELDIS.—¡Entónces no es una chanza! El rey quiere quitarme á mi niño, quiere arrancarme al lindo hijo

de mi corazon! ¿Por qué y para qué? ¡Cómo! el niño ha de reportar las consecuencias de que á la madre le hubiese tocado en suerte ser de bajo nacimiento?

PERCIVAL.—El es el rey y suyo es el poder; no puedo yo oponerme á su voluntad; resuélvete á entregarle el niño.

GRISELDIS.—¿Y tú estarias resuelto, Percival; tú querrias, tú podrias siquiera pensar en desprenderte de él? No quieres ver más sus facciones tan alegres, tan confiadas y risueñas? No quieres oir ya el sonido de su dulce voz que cariñosa te dice: "querido papacito?" Quieres negar á tu hijo, Percival? Recuerda el dia en que le dí á luz, cuando lo levantaste hácia tu pecho paternal diciendo: "Es varon, ¡qué placer! es varon!" Recuerda que en tu alborozo por él casi te olvidaste de mí; de sus miradas brotó para tí un manantial de alegria y de encanto; no hubo estrella que te pareciera demasiado distante para iluminar la vida de tu hijo con su luz y su brillo! ¿Y ahora te desprendes de él? ¡No puedo creerlo! ¿Quién se atreveria á robar al leon sus cachorros? No, Percival, tú no entregarás á tu hijo!

PERCIVAL.—Yo debo hacerlo. A donde quiera que dirijo mis ojos ninguna salida, ningun medio de salvacion se me presenta. La necesidad me obliga á tomar el único camino: el rey lo quiere, y yo entrego el niño!

GRISELDIS.—Tú diste muerte á Cathmor y á Swen, y el que mató reyes puede tambien resistir su ira. ¡No, Percival, tú no entregarás al niño! Contenta al rey con todos los sacrificios imaginables, dedícale tu sangre y tu vida; pero tu hijo, tu único hijo, no debes dárselo!

PERCIVAL.—¡Te digo, mujer, que debo hacerlo! Tus ruegos son inútiles; debo sacrificar al niño y lo haré!

GRISELDIS.—El es tan hijo mio como tuyo; yo quiero conservarle aunque tú le quieras dar. El es mi sangre, le llevé en mi seno, le dí á luz, le alimenté; mis ojos cuidaron con intenso gusto su feliz desarrollo, y de su vida de-

pende mi porvenir. ¿Puede atreverse el capricho ageno á arrancarme á mi hijo querido y á privarle de la proteccion del fiel amor materno? (*Se detiene de repente y luego sigue hablando con gran precipitacion.*) El rey no tiene derecho sobre mi hijo; éste le es extraño; el rey está airado de que el niño naciera, acaso le tiene odio, y al querer que le sea entregado, decidme, señores, qué piensa hacer con él? Os callais? Hablad, ¿qué piensa hacer con el niño?

TRISTAN.—Tranquilizaos, el rey es justo y benigno.

GAWIN.—Se cumplirá lo que el soberano ordena. A nosotros se nos comunicaron sus órdenes, mas no sus designios.

GRISELDIS, *pronto y con expresion de la mas grande ansiedad.*—Vos no me engañais! Lo veo escrito en vuestra frente y en vuestras miradas vacilantes. ¡El quiere matarle! ¿Quiere él eso? ¡Sí, lo quiere! Por eso pretendeis arrancarme á mi adorado hijo! Quitarle un hijo á su madre! Antes privadme de la vista! Intentadlo, asesinos ensangrentados! Acercaos, interrumpid su dulce sueño ántes de haberme postrado á mí sin vida! Verted su inocente sangre ántes de haber derramado hasta la última gota de la mia! ¡Pobre hijo abandonado, ya que no te defiende tu padre yo lo haré, yo que soy mujer pero que soy tu madre!

GAWIN *á Tristan.*—Bien dije, ella no entrega al niño.

PERCIVAL.—¡Ahora ó nunca! (*dirigiéndose á Griseldis*) Sea pues, Griseldis! Conserva á tu hijo; pero desde ahora cuida su existencia con tu mirada siempre despierta; cuídale aun del aliento del aire; cuídale como una joya, como una corona, porque á alto precio lo conseguiste! Tu hijo te cuesta la vida de su padre!

GRISELDIS *con un grito.*—¿Tu vida, Percival?

PERCIVAL.—Y por qué tiemblas? No te queda tu querido hijo? Cuando el destierro, la proscripcion pongan á precio mi cabeza; cuando mi poder esté destruido; cuando

la ira del rey sin cesar me cace por las tierras, como al espantado ciervo; cuando la traicion me alcance; cuando sucumba á la fuerza; cuando la mano del verdugo me arrastre al patíbulo, á la muerte.... Griseldis, no vaciles! Aunque el aire blanquee mis huesos insepultos tu querido hijo quedará salvado!

Griseldis *queda por un momento como aterrada y aprieta convulsivamente sus manos juntas contra su corazon; despues dice despacio y con débil voz:*—¿La proscripcion te toca y atenta á tu vida el rey?

Percival.—Así es, Griseldis.

Griseldis *casi sin voz.*—Entónces.... toma al niño!

Percival.—¿Ya no te opones? Das al niño?

Griseldis.—¡Estoy obligada á ello!

Percival.—(La victoria es mia!) Señor Gawin, tomad al niño.

(*Gawin quiere penetrar en el aposento, pero Griseldis lo sigue.*)

Griseldis.—¡Deteneos!....¡Tomadlo!....¡Dejad!.... ¡No, no puedo!....¡Dios de los cielos!

Percival.—Griseldis, ven acá!

(*Griseldis se vuelve, cae á los pies de Percival y le mira en silencio de una manera desgarradora, apoyando sus manos sobre sus rodillas. Al entrar Gawin en el aposento, cae el telon.*)

Fin del acto segundo.

ACTO TERCERO.

Castillo de Pendennys.—Sala ricamente adornada.—En el proscenio se ve un asiento elevado sobre varios escalones.—En el fondo hay una cortina que separa la sala del pórtico.

ESCENA PRIMERA.

Percival está recostado en un sillon entregado á profundas reflexiones.

PERCIVAL, *saltando del sillon.*—¡Derecho ó agravio! Ahí está el nudo! Hacer uso de mi derecho no puede ser agravio, y si tengo el derecho debo poder ejercerlo con ánimo alegre. Y no obstante, no estoy contento; ¿y por qué no lo estoy? (*Se pasea inquieto, se detiene y continúa*): En verdad es una quimera la que me atormenta. ¡Cuántos dias he codiciado y me he visto impulsado á *saber*, *no* á *creer*, á *ver* por mis propios ojos, á *oir* por mis propios oidos, á asir corporalmente y viva, con mis propias manos, la persuasion, porque se puede *creer* todo, aun la sinrazon! He anhelado verme expuesto á pruebas, he suspirado por que la vida severa probase mis fuerzas; ¿y ahora tiemblo ante su apariencia, ante su sombra?

Yo pruebo mi caballo de batalla ántes de confiarme á él; pruebo el peso de mi escudo, la fuerza de mi espada, ántes de que me envuelva el estrépito del combate; ¿y no habia de exponer á pruebas á mi esposa? ¿Ha de nublar una qui-

mera mi goce de observar el fondo de su alma, de ver mi imágen en su cristalino espejo, únicamente *mi* imágen y ninguna otra junto de ella, y ver su alma tan enteramente sujeta á mí, que mi aliento la mueve y mi mirada la estremece; que tiembla al fruncirse mis cejas; que por mi voluntad siente y vive; que yo soy su todo en esta tierra, su señor, su rey, su destino, su Dios! Porque en el amor no hay ni medida ni límites; no hay ni mas ni ménos; el amor es indivisible, y si faltara un grano á su peso completo, un átomo, ya no seria amor!

¿Y habia de bastarme la posibilidad cuando la prueba me demuestra la realidad? Y pudiendo deleitarme en la seguridad, habia de contentarme con la confianza?.. En verdad, es una quimera la que me atormenta!

ESCENA II.

PERCIVAL, GAWIN, *mas tarde* TRISTAN.

PERCIVAL, *acercándose apresuradamente á Gawin.*—Hablad, Gawin: ¿en dónde dejásteis al niño?

GAWIN.—En buenas manos, noble Percival; pero irritado contra su cuidadora, á la cual desprecia y aleja con sus manos; llora y amenaza con querer decir á su padre que se le ha arrancado de los brazos de su madre.

PERCIVAL.—¿Conque él me acusa ante mí mismo? Por cierto no está tan errado, y á su tiempo haré la penitencia ante él.—Pero decidme, señor Gawin, habeis convocado á mis vasallos al castillo?

Gawin.—Se ha mandado en todas direcciones y de todas partes se acercan ya.

Percival.—Os doy las gracias. (*A Tristan que entra*) ¡Hola! ¿qué nos decís, señor Tristan? Vísteis á Griseldis?

Tristan.—La ví, señor.

Percival.—La encontrásteis afligida y llorosa? Qué os detiene para hablar? No debeis ocultarme nada.

Tristan.—Fuí á comunicar á Griseldis vuestra órden de que viniera aquí; pasé por los aposentos hasta llegar al caracol de la torre que conduce al gabinete de la salida; y cuando llegué á la puerta de arriba, que estando abierta permitia verlo y oirlo todo, ví á Griseldis con el cabello suelto sobre sus espaldas y sin adorno alguno; estaba inmóbil, asemejábase á una estatua de mármol, apénas alentaba y parecia mas muerta que viva; en sus mejillas no habia ni el color de una hoja de rosa marchita, y tal torrente se desató de sus ojos, que sus lábios, inundados por las lágrimas, bebieron en verdad un cáliz de acíbar! En su regazo ví la sonaja, que fué el juguete preferido de su niño y es ahora el aguijon de los sufrimientos de ella.

Estaba sentada; el cuerpo inclinado hácia adelante: las manos flojamente unidas, apoyadas en sus rodillas. Así se hallaba, sin quitar la vista inmóbil de la cuna del niño, hasta que un suspiro profundo y penetrante que traspasaba el corazon, se abrió camino por su pecho atormentado, y con doble fuerza se desbordó el torrente de sus lágrimas. Apretó vehemente la sonaja contra sus lábios, y formando eco en el cielo y en la tierra gritó: "¡Mi hijo, mi querido hijo!!" y una fibra reventó en ese corazon cuando así gritaba, porque inánime cayó al suelo.

Percival.—Basta! Basta!

Tristan.—En brazos de sus damas le volvió lentamente la vida y la fuerza y se levantó; sus ojos se dirigieron á la imágen de la Madre Dolorosa, que apesadumbrada mira

á su Hijo; temblando se acercó y se arrodilló piadosa delante de ella; enclavijadas las manos sobre su pecho y apretando sus labios convulsivos inclinó la cabeza. Entónces se rasgó el velo de las nubes que lóbrego envolvía el monte y las alturas, un rayo de sol besó su frente, y brillaron trasfiguradas sus facciones; ella se sonrió. Oh, señor! Aquella sonrisa dijo: Cayó el boton y pronto se marchitará la flor! (*Percival mira callado hácia el suelo; Tristan continúa despues de un momento.*) Esto ví, y participando de sus tormentos, vencido por la contemplacion de sus sufrimientos, húmedos mis propios ojos, me alejé presuroso y comuniqué vuestra órden á sus damas.

Percival *despues de un rato, erguido y orgulloso.*—¿Tú tiemblas, Percival? ¿Lágrimas conmueven tu firmeza? El cáliz está lleno, ella debe apurarlo; lo que está resuelto debe cumplirse! Yo lo quiero, lo debo hacer y no hay otra salida para mí!

Tristan.—¿No hay otra salida? Ella está muy cerca; una palabra basta para apaciguar los sufrimientos de Griseldis; con una palabra alejareis las nubes que oscuras y sin estrellas envuelven su alma en negra noche! Explicadle el enigma de este juego cruel, poned al hijo en los brazos de la madre.

Percival.—¿Y mi honor, mi palabra empeñada?

Tristan.—Podeis desempeñarla delante de la reina.

Percival.—¡Cómo! ¿yo habia de arrodillarme? ¿Yo verme á sus pies?

Tristan.—El orgullo cometió el delito; que el orgullo lo expíe!

Percival.—Jamas! Ni por todos los tesoros del mundo! Ni por mi vida, ni por el reino del cielo! Las lágrimas de la mujer se parecen á esas lluvias pasajeras que caen de las nubes. Pronto pasan y el sol relumbra otra vez, y mas frescos y mas verdes se presentan los campos satisfechos.

Ella ha de dar pruebas de lo que puede el amor; y cuando esté en el término de su tarea, cuando el nublado pase por encima de ella, entónces le levantaré el arco-iris de la alegría en mil colores, reluciendo sobre su cabeza, y su vida será entónces una continua delicia! Exijo mucho, y vos me calificareis de duro; pero yo soy tambien el hombre que recompensará.

Gawin.—Allá veo pendones descender de los montes y veo brillar armas en el fondo de los valles. Son los vuestros, señor, que se reunen.

Percival.—Sea pues, voy á recibir á los que llegan, miéntras que vosotros con palabras suaves preparais el alma blanda de Griseldis para este nuevo dolor; ¿quereis hacerlo?

Gawin.—Estad seguro de ello.

Tristan.—Vuestro deseo se cumplirá.

Percival.—Entónces, hasta la vista! Pronto se habrá acabado el juego, y ya de antemano gozo de la victoria.

(*Se va*).

Tristan.—Tú vences! Mas el ángel que de nuestros dias anota la siembra en su libro, inscribe esta victoria en las derrotas.

Gawin.—Allá viene Griseldis lentamente por los corredores; la conducen todas sus criadas.

Tristan.—Oh imágen del dolor! Igual á la espiga llena, inclina á la tierra su pesada cabeza.

ESCENA III.

Los anteriores.—GRISELDIS *con sus damas.*

GRISELDIS *á las que la acompañan.*—Recibid mi gratitud por vuestro cariño, pero ya mis pasos no exijen vuestra ayuda. Os lo suplico, dejadme ahora; ya me siento mejor! (*Las damas se retiran al fondo y Griseldis avanza al proscenio.*) Decidme, nobles caballeros, ¿en dónde está Percival? A cumplir con su llamado he venido.

GAWIN.—No esperareis mucho tiempo su regreso.

TRISTAN.—Llena de enojo alejais vuestra mirada de nosotros, y nuestra presencia despierta vuestro horror; es justo vuestro odio, y vuestro reproche habla alto, aunque sin palabras, á mi alma.

GRISELDIS.—¿Yo odiaros? No, ciertamente no, nobles señores; yo no odio á nadie, ni aun al rey.

GAWIN.—Y no obstante, su mano es la que os causó esta herida.

GRISELDIS.—La accion es suya, pero la voluntad vino de arriba. Su mano no ha tocado mi frente; el Omnipotente que al mover los aires hace rodar coronas cual plumas de ave; El que al mover sus cejas hace caer imperios; El que á una señal de su mano crea mundos y hace brillar estrellas, y solo queriendo las hace desaparecer: El me asestó el golpe; El, Dios, probó la fuerza de mi corazon arrogante; y ya lo veis, éste estalló y se disolvió en lágrimas!

TRISTAN.—¡Tan virtuosa y tan sufrida soportais vuestro dolor!

GRISELDIS.—¿Yo humilde? yo virtuosa? No estaba yo orgullosa, excesivamente orgullosa y llena de arrogancia? No acepté, como si los hubiera merecido, el amor y la ma-

no de Percival? No me enorgullecia con llamarme su esposa, y no estaba envanecida con mi lindo hijo? Mas yo he nacido en la oscuridad; y porque no reconocí la gracia del cielo y tomé como merecido lo que fué favor benigno, por eso el Señor me quitó á mi hijo, quien libre de culpa padece por la culpa de su madre!

TRISTAN.—Conservad esos sentimientos de resignacion, ellos os animan, y armaos aún mas de paciencia, porque el destino se os presenta todavia mas terrible; sacrificios mayores aún exije el poder del rey.

GRISELDIS.—¿Sacrificios mayores aún? Hablad, ¿qué es lo que exije? Amenaza á Percival con su enojo? Quiere mi vida? Hablad, no titubeeis!

GAWIN.—No os inquieteis por Percival. La ira del rey amenaza solo vuestra cabeza.

GRISELDIS.—Comunicadme sus órdenes. Exija lo que quiera, hablad!

GAWIN.—Sabed pues que él quiere que Percival disuelva su enlace y que elija una esposa de estirpe tan noble y célebre como la suya, de modo que sus herederos sean dignos de su poder.

GRISELDIS.—¡Oh! horrible fantasma de mis sueños, tan pronto te vuelves realidad? Así un solo dia arranca de mi frente la corona del contento, y me priva del último retoño de esperanza! Esposo é hijo! Sola, abandonada, encerrar en *un* pecho un mar de desventura!... ¿Y él, Percival? ¡Oh! decidme, qué dijo Percival?

TRISTAN.—Con el corazon apesadumbrado, obedece á su señor para que su estirpe no se pierda sin rastro en el curso de los dias, y que lejanos tiempos conserven aún sus glorias.

GRISELDIS.—Tuve este presentimiento! En muchas noches tranquilas lo ví todo en mi imaginacion! Demasiado rica, demasiado celestial fué mi dicha para esta tierra: so-

lo como sueño pudo descender sobre mí, y debia huir de mí como un hermoso sueño! Así debia suceder, yo lo veo claro! ¿Ha de estar él privado de los dulces goces de padre? Han de heredar extraños su poder y sus bienes? Quién puede censurarlo? El ha hecho bien.

Gawin.—¿Podeis comprenderlo, Tristan? Ella lo defiende.

Griseldis.—Vuelve pues á las sombras de tus bosques tú, hija de la pobreza, hija de la servidumbre! Nunca fué tu lugar esta casa; vuelve valerosa la espalda á sus umbrales; lleva contigo la imágen de tu esposo y tus sueños. El te ha amado y su amor no fenece ante el mandato del rey, él pensará en tí, nunca te olvidará; él siente contigo el dolor acerbo de la separacion. Pobre corazon mio, confia y aprende á renunciar á la felicidad! Sé fuerte! No le hagas verter lágrimas y no aumentes sus penas con quejas! Mas yo, nobles señores, deseo saber si desde hoy mi destino me aleja de aquí y si ya no le he de ver.

Gawin.—El señor Percival mismo os anunciará el fallo; en sala abierta, ante sus nobles vasallos, rompe vuestro enlace; y el destino os devuelve hoy mismo á la selva.

Tristan.—Ya oigo sus pasos apresurados en los corredores; reunid, pues, toda la fuerza de vuestra alma y aceptad resuelta la dura suerte.

ESCENA IV.

Los anteriores; Percival *entra con algunos de sus principales vasallos por el mismo lado que salió; sube al estrado y se para junto del sillon; en seguida se levanta el telon del fondo y entran lenta y silenciosamente los demas caballeros y vasallos.*

Percival, *despues de un rato.*—Bienvenidos seais, vasallos, compañeros de armas! Venísteis á Pendennys, al castillo de mis dominios, en número completo como es debido; yo os llamé y vosotros acudísteis. Si ahora estais admirados, y dudosos preguntais y no podeis alcanzar por qué os convoqué, sea esta la respuesta: Sabeis que, movido por vuestros ruegos, elegí por mi esposa á Griseldis la hija de la selva, de orígen bajo, aunque llena de atractivos, virtuosa y fiel. Sabeis, que ella me dió un hijo y vosotros lo saludásteis como heredero de mi poder; pero Artus, nuestro rey y señor, no reconociendo mi eleccion ni su fruto, ordenó que se pusiera al niño en sus manos para que el gorrion no fuese heredero de la noble águila, de sus dignidades y del poder de su estirpe; y yo ejecuté fielmente lo que el soberano ordenó.

(*Griseldis se estremece, dolorosamente conmovida; Percival continúa despues de un rato.*)

Yo entregué al niño á los enviados del rey; pero ademas ordenó mi rey y señor que yo me case con su hermana Morgane y que despida á Griseldis de mi casa, en sala abierta, ante mis nobles vasallos, lo mismo que ante ellos la hice mi esposa. Y cumpliendo con el mandato del rey, os reuní á todos vosotros en esta sala para cumplir aquel en vuestra presencia.

UNO DE LOS CABALLEROS.—¿Cómo, Percival?

OTRO.—¿Tú, señor, has accedido á esto?

UN TERCERO.—¿A Griseldis, á tu esposa, quieres repudiar?

PERCIVAL.—Callad vosotros! Callaos, ó temed mi cólera! Vosotros habeis sido llamados para que deis fé, pero no para que juzgueis de mis actos. Ved, pues, y oid; mas refrenad vuestra lengua! Griseldis, acércate!

GRISELDIS.—¡Mi noble señor!

PERCIVAL.—Escucha. Disueltos quedan los santos lazos, que bendecidos nos unieron. En esta hora queda nuestro enlace roto y disuelto!—Griseldis, ¿me escuchas?

GRISELDIS.—Te oigo, señor!

PERCIVAL.—Saldrás hoy de estos muros. Lo que mi amor te regaló en ofrenda, vestidos, joyas, y otros adornos que realzan los atractivos de la mujer, mas no los dan, lo dejarás aquí; porque el rey ordena que tú te vayas sin amparo, pobre y con la ropa ordinaria, como te recibí, sin amparo, pobre y desnuda casi; y así, ante los ejecutores del mandato del rey y los representantes de su persona, te despido. ¡Vete pues!

GRISELDIS.—Mi noble señor! Cuando me buscaste en mi pobre choza para introducirme en tu arrogante castillo, reuniendo con el poder la pobreza, y con la gloria y la alteza mi estado bajo, regalando con amor á la pobre carbonera; cuando mi dicha se formó tan rápida como durante la noche se abren las flores, entónces una voz me decia en mi corazon: "no pasará de la existencia de la flor tu dicha, y así como ella nació se marchitará en la noche." Y me conformé con lo que el destino dispusiera; no recibí tu fidelidad como donativo, sino solo como cosa prestada, y aunque indemnizada por mi amor, para ser devuelta con la misma facilidad con que se me habia otorgado. Como ahora me anuncias el dia de la entrega no seré omisa.

Recibe, pues, lo que de tu mano he recibido; recibe el adorno orgulloso de la nobleza, el sonido de tu nombre, poder, prerogativas, magnificencia y todo el brillo con que con tanta profusion me regalaste. Pero con retardo y con el corazon oprimido te devuelvo el mejor, el mas precioso y nunca superado regalo de tu benevolencia: este anillo, la prenda de nuestro amor y el testimonio de él que nos unió, haciéndonos dichosos; él fué mi todo, tómalo!—y así, me voy sin amparo, pobre y desnuda casi, tal como me recibiste, pobre, sin amparo y desnuda.

Percival.—Lo que tú trajiste contigo, te puedes llevar, ni mas ni ménos!

Griseldis.—Señor, tú mismo sabes que cuando me sacaste de la casa paterna tenia un humilde vestido de lana y un delantal. No se necesita un animal de carga para que lleve mis pobres bienes!

Percival.—Llévate, pues, tu vestido de lana y tu delantal.

Griseldis.—¡Así lo hago, señor! Lo que ademas fué mio cuando cambié la choza por el castillo; la alegría de la juventud, mi virginal inocencia, el alma confiada llena de esperanza, por estos bienes recibí en cambio dulces goces y el placer prolongado del recuerdo. Solo en una cosa quedas tú mi deudor, y es que mi amor se queda contigo, y así como en el dedo permanece la señal del anillo, así guarda mi alma tu querida imágen!

Percival.—(Cada una de sus palabras es un puñal y su mirada una espada cortante!) Vete, Griseldis, ya es tiempo!

Uno de los caballeros.—¡Se me parte el corazon de disgusto y de compasion!

Otro.—¡Si la obediencia no me amarrara la lengua!

Griseldis.—Señor, una palabra tengo todavía en mis labios, y dicha ésta, vuelvo la espalda al castillo y me dirijo al seno maternal de mi oscura selva. ¡Adios, mi Perci-

val! Este corazon lleno de amor no olvidará nunca cuán feliz lo hiciste; se acordará de tí, cuando la memoria mia se haya perdido en estos lugares; porque lo que ya no existe se parece á la hoja seca, que la llevan los minutos que se suceden. ¡Pero á tí te deseo dias felices! Que el cielo bendiga tu alta frente y la rodee con la mas hermosa auréola; que te llene por completo con laureles y ponga coronas sin número en tu cabeza. Que tu estirpe florezca en nobles vástagos, y que una mujer mas querida me reemplace; me sonreiré, me sonreiré entre lágrimas cuando ella te haga mas feliz; porque amarte mas que yo, no puede ninguna, ninguna en la tierra.

Percival, *con mas blandura y reprimiendo con trabajo su conmocion.*—Vete, Griseldis, ya es tiempo!

Griseldis.—Abro mis brazos para estrecharte y ellos quedan vacios; mis ojos buscan los tuyos, y tú escondes la faz á mis miradas. Sí, tienes razon, ¿por qué aumentar la pena y el dolor sombrío hasta la desesperacion? Debemos separarnos, partamos sin tardanza!

¡Adios, mi Percival! Con esta palabra acerco á los lábios el cáliz del tormento y lo apuro; porque esta palabra amarga lo dice todo, Percival! El vocabulario del desconsuelo no tiene mas que una palabra: ¡Adios! ¡Adios, mi Percival!

Percival.—Aléjate, Griseldis!

Griseldis, *elevando una mirada al cielo.*—El señor ordena, y la criada obedece.

(*Se dirige hácia el fondo; Percival, sumamente conmovido, cubre su rostro con las manos, mientras que las damas rodean llorando á su señora.*)

Una de ellas.—¿Nos dejas?

Otra.—Señora mia, ¿te vas?

Otra.—Permíteme que bese la orilla de tu vestido.

Griseldis.—Dejadme; ya pasó el tiempo; tengo que apresurarme.

Uno de los caballeros.—¡Adios, Griseldis!

Otro.—¡Dios te acompañe!

Griseldis.—¡Adios todos! Perseguida por la suerte me queda no obstante un consuelo: me voy llorando, pero tambien se llora por mí.

(*Griseldis pasa por entre la multitud, la que la acompaña con ruidoso movimiento. Percival la sigue con la vista hasta que desaparece de la sala; entónces baja precipitadamente del estrado, coje á Tristan de la mano, y se adelanta con él algunos pasos.*)

Percival.—¡Tristan! ¡Fuí demasiado duro! ¡Por el Dios eterno! ¡No hice bien!

Tristan.—Vos seguís ciego el ímpetu de vuestro pecho orgulloso; ahora ya está hecho el mal! La accion fué vuestra, soportad ahora sus consecuencias!

Percival.—Fuí demasiado duro; pagué el amor con hacerle mal, y trasformé la pura armonía de su alma en ruda disonancia. (*Se oyen cornetas fuera de la escena*). Oid, cornetas suenan; ¿quién saluda á la casa de la desgracia con sonidos de alegria?

Gawin, *mirando por la ventana.*—Mirad: gran servidumbre llena el patio; caballería pasa por la bóveda de la puerta, y los colores de Inglaterra ondean delante de ella. Ahí viene la reina con sus damas.—¡Tambien á Lancelot se vé en la comitiva!

Percival.—¡Oh! ¡que la tempestad la llevara al lugar de donde ha venido!

Tristan, *que tambien ha mirado por la ventana.*—¡Es verdad; es la reina! El Sr. Lancelot la baja de su caballo, y apoyada en su brazo se dirige á esta sala, de la que, lle-

vada por la multitud del pueblo, al marchar Griseldis, pasa cerca de ella.

Percival.—¿Griseldis decís?

Tristan.—¡Sí, Griseldis! Mirad: ella levanta la vista y ve á la reina, y el carmin tiñe sus mejillas! Ella se acurruca contra la pared, y dobla las rodillas.—Pero Ginevra pasa con ruido, orgullosa, y apénas se digna lanzar una mirada á vuestra esposa, la que ahora llevada por la muchedumbre, dirige sus pasos cansados á la puerta.

Gawin.—Señor Percival, aquí viene la reina.

ESCENA V.

Los anteriores; la reina Ginevra *entra acompañada por* Lancelot, Oriane *y otros caballeros y damas.* Percival *con* Tristan *y* Gawin *la recibe saludandola.*

Ginevra.—Tememos ser huéspedes que en mala hora hemos pisado esta casa, noble Percival, porque aun está pendiente é indeciso nuestro desafío; pero nosotros suponemos que aunque enemigo respetareis el derecho del huésped y que de buena gana nos dareis hospitalidad, porque os anunciamos la llegada del rey. El salió á cazar en el bosque de Stafford, y piensa encontrar aquí comida y hospedaje.

Percival.—Su propia casa no ha de saludarle con mas gusto, que Pendennys en su recinto.

Ginevra.—¡Os damos las gracias por el recibimiento! Pero ahora, Percival, permitidme que os pregunte: ¿de dón-

de viene la multitud que nos rodeaba, de dónde vienen las voces ruidosas cuyo sonido nos recibió? ¿Hubo fiesta en este castillo? ¿Hubo aquí audiencia? ¿Quién era la mujer que en el pórtico, rodeada del pueblo, se encontró con nosotros?

PERCIVAL.—Era Griseldis, reina y señora; era mi esposa, á la que arranqué el hijo de su pecho; era mi esposa, á quien repudié vergonzosamente.

GINEVRA.—¿Griseldis decís?

ORIANE.—¿Cómo, ella entregó á su hijo?

TRISTAN.—Con amargas lágrimas, pero con firme valor. Por Percival consumó el sacrificio.

LANCELOT.—¿Ella dió á su hijo? ¿Ella abandonó Pendennys? ¿Espontáneamente, decís, sin resistencia?

TRISTAN.—Llorada y llorando sale ella del castillo condal, pará su miserable choza de la selva; ni una palabra dura exhalaron sus lábios, y una bendicion fué su postrer adios.

GAWIN.—Así fué. Yo lo atestiguo, mas no puedo comprenderlo.

PERCIVAL.—¡Sí, reina, así es! Si alguna vez, por esta ruda tierra, recogiendo ódio en cambio de amor, y maldicion por bendicion, un ángel visible de Dios ha pasado, lo es esa hija de un carbonero, es Griseldis! Baste con eso! Que ningun ojo sombrío profane ya el cielo de su pecho; que ya no roa de su alma el desconsuelo; reconocemos su mérito, honrémoslo!

LANCELOT.—¡Así sea, reina! Retirados sean el rencor y la enemistad, el desafío y el combate! Que la palabra reconcilie, lo que la palabra pecó!

GINEVRA.—¡Señor Lancelot! cuando nos sintiésemos faltos de consejo, no dudeis que lo pediriamos! Pero vos, Percival, vos nos asombrais. ¿Es este el hombre que, insolentemente orgulloso, ensalza á la hija de un carbone

ro por encima de nosotros, el que nos la pone como modelo y hace alarde de su virtud con fanfarronada? ¿Dos coronas adornan con ostentacion vuestra frente, y ante la tercera temblais con miedo? ¿Decid, qué falsa imaginacion ciega vuestros sentidos tanto, que volveis la espalda á la victoria segura?

Percival.—¡Cómo! ¿No acumulé bastantes lágrimas suyas sobre mi alma, bastantes sufrimientos sobre su cabeza bendita y sin pecado? ¡Baste con eso! Oid estas claras palabras: Estoy arrepentido de lo que decidí y de lo que hice, y no voy mas adelante en este camino.

Ginevra.—Se puso por condicion y vos la habeis aceptado: que por mas que lastimáseis su alma habia de conservaros Griseldis igual cariño, y no habia de convertir en ódio las llamas de su amor, ni en rencor sus callados sufrimientos; que con mas aliento habia de amaros en su dolor que cuando por primera vez la habeis abrazado como novia. ¿No fué esta la condicion? Decid, testigos, ¿no hablé así?

Gawin.—¡Así hablásteis, reina!

Oriane.—Tambien lo oí; así se convino.

Ginevra.—No dudamos que el alma fuerte de Griseldis os conserva, en la desgracia, igual cariño; no le falta la voluntad, ni á mí la fé, solo falta una cosa insignificante: la prueba! No hay mas que pasar por el último combate, pero en verdad, yo no os obligo á aceptarlo; si estais arrepentido, y si la conmiseracion de vuestro pecho vence al orgullo, resignaos á sufrir por vuestra terquedad, señor Percival, y arrodillaos á mis piés.

Percival.—¿Yo arrodillarme?

Oriane.—Señor Percival, decidme: Vos entrásteis alegre en este combate, ¿por qué palidece vuestro rostro? por el recelo que teneis? Seguramente pensábais, señor, que ella se habia de sonreir cuando le arrancábais al hijo de sus

brazos, y cuando del castillo la desterrábais, que ella saldría de él tan contenta como si fuese á visitar al vecino.

Percival, *á media voz.* ¡Oh! si esto hubiera pensado, mi culpa seria solo sorda imbecilidad, que no escoge ni pesa; pero yo ví de antemano sus lágrimas, y conté cada suspiro de su pecho.

Oriane.—Y considerando todo, ¿qué prueban, señor, los sacrificios que hizo Griseldis? Ella entregó su hijo, porque de todos modos se lo hubieran quitado, y cuando ella se fué, cedió al poder; la verdadera prueba, pienso, ha de darse todavía. El mérito de Griseldis quedaria empañado si la conmiseracion paralizara fuera de tiempo vuestro valor; esto es demasiado claro, para tomarlo por excusa.

Percival.—¡Qué red tan perniciosa me he tejido á mí mismo! ¡Pero debo acabar ahora puesto que empecé!

Ginevra.—Escoged, Percival, y cumplid vuestra palabra! U os arrodillais vencido á mis piés, ó presentaos á Griseldis, y huyendo, proscrito, implorad su proteccion, y si ella os la concede, cuando la desamparada oponiéndose á la fuerza que la amenaza expone su cabeza, su vida por la vuestra, entónces sereis el vencedor, y la carbonera verá á la reina de Inglaterra á sus piés.

Tristan.—No, noble reina, no estireis hasta lo último la cuerda del arco! ¿Y vos, vos podeis aún vacilar, Percival? ¿No os estremeceis de horror? ¡Consultad vuestro corazon! ¡En vuestras manos teneis el bien y el mal! ¡Orgullo ó amor, vida ó muerte! ¿Y vacilais, aún? ¿Hay aquí alternativa? Se trata de Griseldis; arrodillaos, Percival!

Lancelot *á Ginevra.*—No prolongueis la duracion de sus sufrimientos, Ginevra; que os conmueva el dolor de Griseldis!

Ginevra.—La suerte de Griseldis está en manos de Percival. El puede inclinarla al combate ó á la paz! ¡Decidid, Percival!

Oriane.—¿Qué os detiene? ¡Obedeced al impulso del corazon arrepentido! Arrodillaos, pedid perdon y no temais lastimaros acaso las delicadas rodillas; os arrodillareis sobre un cojin de plumas. Oh! hacer penitencia es mas fácil de lo que creeis! ¡Y no os dé vergüenza ante nosotros que somos los testigos! Nos callarémos, confiaremos apenas susurrando al mejor amigo, que Percival se arrodilló ante Ginevra.

Percival *mira sombrío delante de sí; despues de una pausa dice:*—He cometido un delito con ese corazon tan fiel, he gozado con mi victoria, miéntras que ella sufre la muerte, y ahora reconociendo mi horrendo pecado, quisiera alejar de su cabeza lo que mi palabra y mi deber me obligan á concluir! ¡Es tarde ya! ¡Cúmplase mi medida! Estoy dispuesto á entrar en nuevo combate, pero hoy todavía, ahora mismo, quiero sostenerlo.

Ginevra.—Adelantaos, pues. Nosotros quedarémos mas atras. Conducidnos, señores; pronto se verá cuál balanza ha de bajar ó cuál ha de subir! (*Sale con Oriane, Percival, Lancelot, Gawin y todo el séquito.*)

Tristan.—¡Idos!—¡Desdichada! La mas acerba suerte que puede tocar al amor, cayó en tí! Idolatrada y mofada por los mismos labios, acariciada y asesinada por la misma mano!

Fin del acto tercero.

ACTO CUARTO.

Selva montañosa.—En el fondo hay un arroyo, y cercada de arbustos una choza de carbonero.

ESCENA I.

Sale el anciano CEDRIC, *conducido por un muchacho.*

CÉDRIC.—¿Oiste bien? ¿Puedo creerte, muchacho?—¿Ella entregó su hijo al rey?

MUCHACHO.—Eso dije.

CEDRIC.—¿Los juramentos sagrados de su enlace están disueltos por el mandato del rey?

MUCHACHO.—¡Sí, ciego Cedric, sí!

CEDRIC.—¿Y ella repudiada en sala abierta, en presencia de los vasallos?

MUCHACHO.—Como te dije, así ha sucedido; y todos á una lo echan en cara á Percival y al rey Artus.

CEDRIC.—¡Estas son palabras nada mas, son frases vacías! El conde de Wales se ostenta erguido, su arrogante frente toca á las nubes, ¿qué importan las palabras? Hasta que la voz de la maldicion suba á tal altura, habrá cambiado ya la lisonja el soplo envenenado en fragancia y en bálsamo las mas justas execraciones! Hay gran diferencia entre el conde de Wales y un carbonero; entre el amo y el criado, aunque ambos se hayan formado del mismo polvo, aunque tanto el conde como el carbonero, sean hijos del mismo Dios, que está en los cielos!—¿Qué mas oiste?

MUCHACHO.—A donde llegué oí quejas inconsolables, los pobres lloraron, el enfermo anheló á su benigno médico, en todas las bocas se oyó la alabanza de Griseldis, y el testimonio de que era inmerecido cosechar penas en vez de bendicion!

CEDRIC.—La gente juzga segun las apariencias; pero la mirada de Dios observa nuestra alma! La mano puede ser benigna y hacer regalos, puede vestir al desnudo, y cuidar de los enfermos; pero en donde se anida la soberbia en el corazon del niño, en donde la altanería se ostenta al lado de la devocion, allí el rayo del cielo no hiere injusto.

MUCHACHO.—¿Cómo? ¿Tú hablas contra tu propio cuerpo y sangre?

CEDRIC.—Me corto la mano cuando me enfada, y si se hinchan las venas con mi sangre me las reviento para que esta sane. ¡Oh! hay mala sangre y negra que fermenta. ¡Basta!—¡Tú eres jóven aún para tales cosas! Ven, muchacho, vamos allí, al antiguo encino; llévame al asiento de musgo!

MUCHACHO.—Estamos ya en él, anciano Cedric, siéntate y descansa.

CEDRIC *se deja caer sobre el banco de musgo.*—¡Oh! dias fugaces, con profundo suspiro os sigue vacilante mi memoria! ¡Aquí estaba ella sentada con frecuencia en la calma del crepúsculo, á mi lado; se plegaba acariciándome, entre mis brazos; me platicaba y cantaba. Tú conoces la cancion, ven, cántala, muchacho. ¿Cómo decia? "Hubo un caballero"—No, no era así.—"Un caballero vino caminando y vió una rosa, y ardió en deseos por su resplandor de púrpura." ¡Así decia! ¡Cántame la cancion!—No, muchacho! ¡No la cantes! ¡Es una cancion odiada! ¡Una cancion que me repugna! No quiero oirla, ¡así me robó el caballero mi rosa!

MUCHACHO.—¡Entra en la choza, Cedric, descansa!

Cedric.—Lo soportaría, si ella se hubiera muerto; estaria solo, pero no abandonado; no seria amado, pero tampoco negado por mi hija; y si cargara yo con cuantas penas hay en esta tierra, con una no cargaria yo, con la mas terrible, inferida por mi propia hija. Del peso de la ingratitud estaria yo libre. ¿Quién viene por allí? ¡Escucha!

Muchacho.—El viento mueve el ramaje.

Cedric.—¡No, esos son pasos; pasos son! ¡Se acercan! ¡Ella vendria en mala hora, si ahora viniera!

Muchacho.—De la orilla del bosque se desprende vacilante una mujer.

ESCENA II.

(*Los anteriores;* Griseldis *aparece en el fondo*).

Cedric.—¿La reconoces? ¡Habla, muchacho, responde pronto!

Muchacho.—¡Aquí está ella, háblala!

Cedric.—¿Quién eres? ¡Responde!

Griseldis *cayendo á sus piés.*—¡Tu hija, padre mio, tu hija abandonada!

Cedric.—¿Mi hija? ¿Tengo yo una hija? ¡Ay! dime, muchacho, ¿tengo yo una hija? Mi corazon nada sabe de hijos, y mi memoria me dice que no los tengo!

Muchacho.—Reconócela, toca su frente, Cedric! ¡Es tu hija! ¡Griseldis te habla!

Cedric *tocando la ropa á la jóven.*—¿Vos sois Griseldis, la esposa de Percival? Ah! hermosa dama, ¡beso vuestra mano! ¡Llevais un traje de lana y un delantal, en vez de

tejido de gasa y traje de seda! ¿Corresponde tan inferior atavío á vuestro rango? ¿En dónde dejásteis vuestras damas, vuestros caballeros? ¿En dónde están los criados? ¡Eh! ¡Traed esteras, para que el rocío no humedezca los piés de la señora!

GRISELDIS.—Expulsada, fugitiva, héme aquí postrada á tus pies, repudiada por mi esposo y señor, y privada del hijo fruto de nuestro amor. ¡Oh! no viertas desprecio y burla en mis heridas, señor y padre mio, porque entónces se me partirá el corazon!

CEDRIC.—Sí, palabras dulces brotan de tu boca, pero tu corazon se ha convertido en acero-bronco, forjado en el yunque; tu corazon está lleno de engaño, es falso, es ingrato.

GRISELDIS.—Por el Dios eterno, que sobre las nubes mora, me acusas de un pecado que no conozco! No cabe en mi corazon la ingratitud ni la traicion.

CEDRIC.—Tú no conoces ningun pecado, y sacudes fácilmente cada reproche como gotas de lluvia. Pues bien, da cuenta de tu amor, de tu cariño y de la fidelidad que me has demostrado. ¿Qué hiciste, dí, hija cariñosa, cuando Percival me desterró de su castillo, porque opuse mis ruegos á su furia, con la que amenazaba á inocentes inmerecidamente? ¿Qué hiciste entónces por tu padre ciego?

GRISELDIS.—¡Llorar, padre mio!

CEDRIC.—¿Y son tus lágrimas acaso perlas, para que las avalúes en mas alto precio que la palabra, que la palabra libre y vigorosa, que á la hija y á la consorte corresponde para con su esposo, que le es debida, tratándose del padre ofendido?

GRISELDIS.—No hagas expiar á la hija la culpa del esposo; él era el amo, y obedecer era mi deber.

CEDRIC.—Obedecer, sí, pero callarte, *no*, callarte *no!* Tú respetabas á Percival no como tu consorte, como tu señor,

como padre de tu hijo. ¡Idolatría has ejercido con él, porque rodeado de atmósfera luminosa, de un mar de luz, miraste al mortal, al hijo del polvo. ¡Oh, estupidez que se presta para escalon, para que el poder y la alteza nos pisoteen! ¡Oh! sumision de esclavos, que niega su propia carne y sangre; ahí tienes ahora la recompensa! No fuiste su esposa, sino su damisela, por eso te expulsó como á una criada.

Griseldis.—¡Oh! ángeles del cielo, miradme, mirad qué injusticia estoy sufriendo! ¿No era bastante ya que se me privara de toda dicha? ¿Por qué se descarga ademas la execracion sobre mi cabeza inocente?

Cedric.—¿Preguntas por qué? Oye, pues, yo te lo diré. Tres dias estuvo postrada mi mujer, la madre tuya; tres dias estuvo así, y no pudo morir, porque el anhelo de ver á su hija amada retuvo su espíritu sobre su lengua. Su último aliento fué una bendicion para tí, pero tú no fuiste á recoger esa bendicion, y por eso Satanas que estaba en acecho la ha robado del borde de sus labios empalidecidos, y la cambió en rayo en su mano, y este cayó sobre tu alma como maldicion de la ingratitud, como maldicion del orgullo.

Griseldis.—Al Dios eterno llamo por testigo, de que criminal ingratitud nunca infamó mi pecho. El sabe lo que sufrí, cuando mi pobre madre estaba muriendo, y Percival lo mismo; cuando en congoja mortal al esposo le hice falta, y á la madre le hice falta en congoja mortal. Pero mi juramento fué: *Ser suya;* debia cumplir con lo que le habia jurado, debia salvar al padre de mi hijo, y ántes no debia ir al lecho de mi madre.

Cedric.—Tú hablas de mi nieto, de tu hijo. Díme, ¿le conservaste, como debe una madre? ¿Como tu madre á tí? ¿Le has querido? ¿Le has protegido con tu sangre y con tu vida? Tú has traicionado á tu hijo, le has vendido, le en-

tregaste á los alguaciles del rey! El animal del bosque combate por sus cachorros, y solo cuando la zorra mató ya á la gallina se lleva los polluelos! Pero tú, ¡oh, tú! ¡A tí no te tocaron un cabello, ni un pliegue de tu vestido lucido se arrugó; ¡tú entregaste al hijo sin dolor, y con sonrisa!

Griseldis.—El amor lo dió y el amor lo entregó; se trataba del padre, de la vida del padre, ¿cómo habia de titubear, cómo habia de resistir?

Cedric.—¡Basta! Basta de palabras vacías! Por Percival y por el lustre de su nombre olvidaste tu deber de hija y tu amor de madre, y negaste la afrenta hecha al padre. Pero Dios es justo; al que tú idolatraste escoje El por azote de tu pecado, y entrega tu destino á mi conmiseracion, á mí á quien olvidaste cuando estabas en el apogeo de la dicha.

Griseldis.—¡Padre mio, óyeme!

Cedric.—¡No te quiero oir!—Ven, muchacho, ven, condúceme á la choza. Y tú, oye estas palabras: Ni proteccion ni hospedaje negó jamas mi choza al fugitivo. Tambien á tí los ofrezco! Allá está el umbral, la puerta está abierta, mas no lo están mis brazos. Yo te daré qué comer y qué beber, te protegeré como á huésped; pero tu brazo no sostendrá mis pasos, y tu mirada no ha de leer tampoco en mi alma. ¡Tú eres mi huésped, pero ya no eres mi hija!

Griseldis.—¡Padre, óyeme!

Cedric.—¡No, no quiero oir! ¡Los hechos hablan, las palabras no me han de engañar!

(*Se va, apoyado en el muchacho*).

Griseldis.—Oidme, nubes del cielo; y tú, rayo dorado del sol que todo lo ves; tú, ojo de Dios, mira hácia mí! Tú, Padre celestial, que eres mas clemente, que moras en la luz. ¡Tú conoces mi corazon, tú examinas mi alma! ¡Tú

viste el dolor que me partió el pecho cuando estuvo mi madre cerca de la muerte, y ví á Percival muriendo delante de mis ojos. Ningun orgullo culpable envenenó mi alma, ni brillo ni lustre trastornaron mi mente; si padezco por culpa, déjame conocerla, Señor, porque lo que el mundo llama mi pecado, jamas es culpa, es amor! (*Despues de un rato, y mas tranquila*). Ha pasado la primavera de mis dias y de mi dicha se apagó ya el sol, pero aunque oscura noche quiera envolverme, no se ha opacado la estrella de mi amor. Ellos arrancarán la mano de la mano, no el corazon del corazon. La lágrima que rueda por mi mejilla encuentra hermanas en el torrente de perlas que verterán sus ojos. Los suspiros de mi pecho, que rebosa de pena, encuentran los suyos en el mar de la atmósfera. ¡Adelante! ¡Alma agobiada, ármate de valor! No te entregues meditando á la pena sombría, tú no eres infeliz, porque eres amada! Encierra tu dolor en lo interior de tu pecho, y si él llega á ser insoportable y quiere romper sus cadenas y prorumpir en quejas y llanto, recuerda que eres amada y puedes amarle á él, y allá arriba, al cielo, dirige tus miradas.

[*Se reclina cansada sobre el asiento de musgo; despues de un rato aparecen* PERCIVAL *y* GAWIN *en el fondo del escenario.*]

ESCENA III.

GRISELDIS, PERCIVAL y GAWIN.

PERCIVAL.—¡Oh! que mi palabra me obligue á este combate! Que el impulso egoista de mi alma, de saborearme

con el exceso de su amor, haya sacrificado mi felicidad y la suya! Si no fuera por la quimera del honor, yo diria: "No," y desafiaría á toda la Inglaterra!¡ Hemos llegado al lugar. ¿Nos sigue la reina?

Gawin.—En la espesura del bosque espera la señal, y allá en la sombra verde descansa Griseldis!

Percival.—¡Ella es! Alejaos, y escondidos allá entre los arbustos, sereis testigos de que cumplo mi palabra.

(*Gawin se va.*)

Griseldis *en profundos pensamientos, habla á media voz, casi sin sentirlo.*—A la rosa dijo el caballero: ¿por qué te marchitas en la oscura selva? Tú has de adornar mi sombrero con tu esplendor purpurino.—Yo quiero lucir en tu corazon y no en tu sombrero. (*Observa a* Percival *y se levanta precipitadamente*). ¡Ah! Percival!

Percival.—Yo soy.—¿Huyes de mí?

Griseldis.—¡Tú eres! ¡Sí, tú eres! Te veo delante de mí, vivo, rozagante y hermoso; no te me presentas como pálida sombra de recuerdos, de sueños embrollados. Eres tú mismo, tus labios profieren palabras, el aliento llena tu pecho, tus ojos brillan y tus mejillas están radiantes. Con estos brazos puedo ceñirte, y no se evapora tu querida imágen!

Percival.—¡Griseldis!

Griseldis.—¡Percival! Ahora todo está ya bueno. Hundido en el conmovido mar del olvido se pierde entre sus olas lo que sufrí. ¡Tú eres mio, mio eres! Siento alentarse mi corazon en brazos de mi señor, de mi esposo!

Percival.—¡Oh! fuera yo todavía tu señor y tu esposo!

Griseldis.—¿Qué dices? ¿Qué?—¡Oh, delirio de mi alma, que mezcla la realidad con vano sueño! Sentidos con-

fusos, empezad á fijaros, y separad pues, lo que *es* de lo que *fué!*

Percival.—(Sé fuerte, corazon, y no veas sus lágrimas).

Griseldis.—¡Mi noble señor! Bien sé que perdonaste que la embriaguez ciega, engañadora me habia preocupado; ahora veo mi suerte definida ante mi alma, y reconozco bien tu benevolencia, ¡oh mi señor! Veniste á buscarme para darme consuelo, y con palabras dulces verter bálsamo saludable en las heridas de mi pecho. ¡Recibe mi gratitud por tu bondad!

Percival.—¡Oyeme, Griseldis! No es la compasion la que me condujo hácia tí; el dia de la remuneracion ha llegado ya; participo de la desgracia que te ha alcanzado. El rey me acusa de alta traicion; estoy proscrito, privado de mis bienes; perseguido, con la señal de la proscripcion en la frente; estoy errante, los espías me siguen, y la mano que amenaza mi cabeza me alcanza ya.

Griseldis.—Proscrito y errante, y amenazada tu cabeza, tu cabeza querida! ¡Oh! ¿habia yo de ver esto? Y tú estás todavía aquí, te detienes aún, cuando se trata de tu vida, de tu libertad? ¡Huye! huye!

Percival.—¡Seria en vano! Todas las salidas están cercadas, no hay salvacion para mí.

Griseldis.—Entónces, ilumíname tú, fuente de misericordia. Yo debo salvarle; ayúdame, Señor del Universo!

Percival.—¿Tú quieres salvarme á mí, que entregué tu hijo al rey, que rudo te repudié, que te arranqué todos los adornos de la vida?

Griseldis.—¿Acaso tuviste la voluntad de herir mi corazon, y es acaso tiempo de pensar en mi destino cuando el tuyo, señor, está en la orilla del abismo? Ven; aunque me afrontaran ejércitos yo debo salvarte y, ¡por Dios! yo lo quiero!

Percival.—¡Desiste, sí, desiste! Tambien á tí te arrastra mi triste suerte! Va de por medio tu sangre y tu vida!

Griseldis.—¡Oh! si hablaras la verdad, si pudiera yo dar mi pobre vida por la tuya y morir por tu salvacion! Rotos están los lazos que nos unieron, pero este corazon te pertenece! Ya no debe en el tuyo descansar lleno de júbilo, ya no rebosar enajenado de gozo en tu pecho, ni abrir su interior ante tí; pero sacrificarse, señor, sacrificarse por tí, sí lo puede hacer.

Percival.—¡Desiste! Mi destino me llama, deja que se cumpla! Ya veo relucir las armas en aquel arbusto.

Griseldis, *con precipitacion.*—Ellos son! vamos! huye! Ten compasion de mi ansiedad mortal! ¡Escóndete, huye! Tú conoces en la espesura de la selva la entrada de la cueva, cerrada por la yedra, el teatro de los juegos de mi niñez y mi secreto, que solo confié á mi amado esposo. Escóndete, señor, en las escabrosidades de sus peñascos! Si no quieres que muera yo á tus piés huye, Percival! Allí estarás seguro. Huye!

Percival *estrechando á Griseldis entre sus brazos.*—¡Griseldis! ¡Angel! Mi salvadora!

Griseldis.—¡Huye! huye! [*Percival huye; Griseldis le sigue con la vista hasta donde lo permite la espesura del monte; entónces cae sobre sus rodillas, levanta las manos juntas al cielo y dice*]: Sálvale, Señor, y recíbeme á mí por víctima!

ESCENA IV.

GINEVRA *aparece en el fondo de la escena con* ORIANE, LANCELOT, GAWIN *y demas séquito;* GRISELDIS *se pone en pié rápidamente.*

GINEVRA.—El tomó este camino; seguid el rastro. Revisad los arbustos! Seguidle á lo largo del arroyo! Señor Gawin, inspeccionad el interior de la choza! Debeis encontrarle! Daos prisa!

[*Gawin sale con gente armada*]

GINEVRA *acercándose á Griseldis.*—Habla tú! El pasó cerca de tí! Confiesa por dónde huyó, en dónde se escondió.

GRISELDIS.—¿A quién buscais, reina?

GINEVRA.—A mí no me engañas con ese aspecto de sencillez fingida; lo mismo que tú me conoces, te conozco á tí: tú eres Griseldis la esposa de Percival! Le buscamos á él, al traidor fugitivo, y tú nos has de decir en dónde se escondió.

GRISELDIS.—¿Yo, reina?

GINEVRA.—El pasó cerca de tí; tú sabes á dónde huyó.

GRISELDIS.—Aunque lo supiera: soy Griseldis, la esposa de Percival!

GINEVRA.—Traidora, tú abrigas su cabeza culpable! Lo sé, no lo niegues, yo lo he visto.

GRISELDIS.—Dios lo vió tambien y sus nubes cubren el

rastro del fugitivo! Le protegen sus ángeles, y la noche desvía la vista de sus enemigos.

GINEVRA.—No opongas tu terquedad á la fuerza superior! No te atrevas á luchar con tu reina! Mira, en todo tu alrededor está mi gente; tu silencio no puede traerle la salvacion y expones tu cabeza á la pena de muerte, porque si ántes de que pase un minuto no le has entregado á nosotros, perderás la vida.

GRISELDIS.—¡Aquí la teneis, tomadla!

GINEVRA *á media voz á su séquito.*—¡Por Dios eterno! ¿Es esta la mujer que sin resistencia y obedeciendo á la señal de su señor como una criada, dejó su casa, y entregó á su hijo?

LANCELOT.—En balde os empeñais! Desistid, Ginevra! Un corazon lleno de amor no conoce el miedo á la muerte!

GINEVRA—En esta mujer vive un alma valerosa; la quimera de mi esperanza se evapora. [*A Oriane*]. Háblale tú! Trata de amedrentarla.

ORIANE.—Griseldis, óyeme! Dime si Percival no ha entregado su hijo en manos del rey y si no te echó á tí sin amparo, pobre y desnuda, para que él se enlazara con una dama de noble estirpe; si no te derrumbó en caida terrible del colmo de la dicha á que te elevó en vuelo veloz que da vértigo? ¿No hizo eso?

GRISELDIS.—¡Lo hizo como tú dices!

ORIANE.—Por el amor podrás hacer cualquier sacrificio; por el amor, podrás aun afrontar la muerte; pero ¿fué amor lo que Percival te demostró? El está en tu poder, él te lo quitó todo, ¿no le quitas tú la vida?

GRISELDIS.—¡Oh! qué medida es esta tan estrecha para el amor! ¿Qué seria del amor, si él no diera mas de lo que recibió, si no soportara mas de lo que exige, si no fuera una roca fuerte á los embates del viento enfurecido, si no quedara fiel y fuerte en la desgracia, si no fuese el último

refugio de la esperanza? Yo estuve rodeada del esplendor de sus honores, ¿y ahora que él está en la oscuridad, habia de volverle la espalda?

LANCELOT.—Su alma se parece al cielo azul, y bienaventurados moran en su esplendidez sus bellos pensamientos cual ángeles envueltos en luz!

GINEVRA.—¡Traed cadenas y atad sus manos! Ruega á Dios; tu vida se acerca á su fin.

GRISELDIS.—Aquí me teneis. Padre eterno, recibe esta pobre vida, que vuele hácia tí mi alma agobiada, que de la fuente de que ella ha salido se eleve del polvo y podredumbre, y aunque sombras terrenales la mancharan, tú conoces, Señor, sus humildes aspiraciones. Cual padre cariñoso has de recibirla, y porque yo amé de veras, grande será tu perdon.

LANCELOT.—En balde trata la astucia de enredarla, porque el amor vela para prevenir á su fiel corazon.

GINEVRA.—De sus palabras sale un sonido encantador que dulce y conmovedor me atraviesa el alma. (*A Oriane*). El vence! Nunca conmoveré este corazou!

ESCENA V.

Los anteriores; GAWIN *viene con sus acompañantes, que conducen á* CEDRIC *saliendo de la choza.*

GAWIN.—Cumplido, mi reina, quedó vuestro mandato. La choza aquella no contenia mas que á este ciego, y vos misma, señora, podeis interrogarle.

GRISELDIS.—¡Mi padre! ¡Santo Dios! ¡Mi padre!

GINEVRA.—¿Su padre? [Aun no se ha perdido todo!] (*A Griseldis*).—Mira á tu padre, y no te rehuses ya á confesar, porque si no, él participará de tu suerte! ¿Quieres verlo morir?

GRISELDIS.—¡Oh, reina! No toqueis sus cabellos blancos, concededle los pocos dias que le quedan hasta que el ángel de Dios cierre sus ojos y le conduzca á la luz eterna.

LANCELOT.—No la martiriceis mas! Desistid, Ginevra!

GRISELDIS *con excitacion convulsiva.*—Tened compasion, os pido misericordia! No amenaceis á la vida cansada y marchitada! Conducidme á la muerte, á mí sola! Perdon para él!

GINEVRA.—¡Habla y él vivirá! Tu silencio le mata!

GRISELDIS *despues de una lucha violenta interior, con voz fuerte.*—Protegedle vosotros, ángeles celestiales! Yo debo callarme! [*Cae privada.*]

GAWIN.—¡Se desmaya!

LANCELOT.—¡Sostenedla!

CEDRIC.—¿Qué sucedió? Voces confusas llegan á mis oidos! ¡Oh! se rasgara la noche de mis ojos!

GINEVRA.—¡Llevadla de aquí! Estamos vencidos, Oriane! Aunque con rubor, debo confesar que he visto á la mujer mas fiel de Inglaterra. Llevadla ya! Tambien conducid á ese anciano á Pendennys. ¡Oh! mis mejillas arden, porque ante esa carbonera tendré que arrodillarme. Escóndame la oscuridad, cúbrame la eterna noche!

CEDRIC, *á quien se llevan.*—¡Oh! cuándo estará unida la clemencia con el poder!

Fin del acto cuarto.

ACTO QUINTO.

El Castillo de Pendennys.—Sala con un trono sobre un estrado.

ESCENA I.

RONALD *y varios criados están ocupados en cubrir el estrado con alfombras y en adornar la sala con guirnaldas de flores y otros objetos.*

RONALD.—Moved las manos, no perdais el tiempo, compañeros! Extended el tapete de púrpura aquí delante del trono del rey.

UNO DE LOS CRIADOS.—¿Cómo delante del trono del rey?

RONALD.—¿De qué te admiras para abrir así tu boca de par en par? ¿No vieron entrar al rey estos muros montado en su hermoso corcel de caza?

UN CRIADO.—¿Aquel cazador con su traje verde seria el rey?

RONALD.—¡Tonto! ¿Lleva acaso el rey cuando está vestido de caza, la corona en la cabeza? Pongan aquí un tapete á la reina.

OTRO CRIADO.—¿Hablais de la hermosa mujer con tra-

ge de escarlata, de la que arrogante cabalgaba en el caballo blanco?

RONALD.—¿Qué habla el nécio ahí de caballo blanco, de hermosas mujeres, y de traje de escarlata? ¿Eres tú hombre para levantar la mirada cuando una reina pasa delante de tí? Más coronas, más coronas, digo, allá en las paredes! Convertidme la sala en verde bosque de Mayo, y que suaves aromas la llenen, y tenga el brillo propio de una boda.

OTRO CRIADO.—¿Qué, es verdad, Ronald? Piensa el señor tan pronto en volverse á casar?

RONALD.—¡Ciego tonto! ¿No vísteis volver á la señora? ¿No sentís ya su aliento vivificador en estos régios aposentos de Pendennys? ¿No es Griseldis nuestra ama?

UN CRIADO.—Es verdad que ha vuelto, pero con cadenas y al lado de su padre entró aquí.

RONALD.—¡Gentes ignorantes! ¿Qué, no podeis comprender mas que lo que podeis tocar con vuestras manos; no podeis distinguir la apariencia de la realidad, el hombre del vestido, el hueso de la cáscara? Más coronas, os digo, en aquellas paredes! No escaseeis el adorno verde de las ramas! ¡Oh! si una promesa no me amarrara la lengua, prorumpiríais en exclamaciones de admiracion y vuestro júbilo subiría con estruendo á la bóveda del cielo.

OTRO CRIADO.—¿Qué has sabido? ¡Habla!

OTRO CRIADO.—¡Ronald, dínoslo!

RONALD.—¿Creeis que yo habia de hablar de la escuela? ¡Yo, jamas! ¡Más coronas, os digo! Arreglad la mesa, corred á la cocina, bajad al sótano! ¡Corred! ¡Dados prisa! ¡Esta fiesta nunca se repetirá!

ESCENA II.

Entran Lancelot *y* Gawin, *miéntras que* Ronald *y los criados se van unos despues de otros.*

Gawin.—¿Quereis dejarnos? ¿Quereis sustraeros á la benevolencia de la reina, alejaros de la córte del rey?

Lancelot.—Tengo trasformado el corazon, lo tengo lacerado y estoy como si despertara de un sueño confuso. ¡Oh! ¡cuánto he visto en estos pocos dias! Lo que aquí me prendó ya no existe; veo que la hermosura no es el mayor atractivo, ni la agudeza el mayor mérito del alma! ¡Oh! yo no quiero ver que en mi sol haya manchas, ni que el moho empañe el espejo de mi honor; adios, hasta que os vuelva á ver.

Gawin.—Señor Lancelot, las penas de Griseldis os han ofuscado, pero ya han acabado sus sufrimientos; quedaos, pues, á presenciar su victoria.

Lancelot.—Bien veo que todo tiene el aspecto de gran fiesta y que guirnaldas á miles adornan las columnas; pero, yo creo que las honduras del alma no se adornan con tanta facilidad para fiestas de júbilo!—Adios, señor Gawin; me impele mi disgusto.

Gawin.—La reina os extrañará con mucho dolor.

Lancelot.—Aunque así fuese, el tiempo le enseñará á olvidar. Ya listo me espera en el patio mi corcel, y pronto estaré con viento favorable en Francia. ¡Gawin! No oculteis á la reina por qué me alejo; y si acaso en su pe-

cho volviesen á anunciarse los malos espíritus, el orgullo y la soberbia, recordadle á Lancelot y á Griseldis!

(*Se vá.*)

GAWIN.—¡El se va! Por mi honor! no está por demas que alguna vez las lágrimas inunden los ojos abrasadores de la señora Ginevra.

ESCENA III.

GAWIN, PERCIVAL y TRISTAN.

PERCIVAL.—Por fin puedo quitarme el peso del engaño, puedo romper el lazo que oprime mi corazon, llegó el dia de la reconciliacion, el que glorifica á la vencedora! ¡Las palabras son insuficientes para tal virtud! Aquí abjuro el delito de mi juventud, é ilimitado como el cielo azul ha de ser mi amor! Que la rodee un mar de brillo y que una inmensidad de goces la envuelva. Ni una lágrima han de verter sus ojos; tan solo la afligirá la rosa que el viento deshoje. Ella que midió el abismo mas profundo del dolor, que lo olvide por las delicias mas sublimes!

TRISTAN.—Feliz os llamo, señor Percival, si vos lo lograis, y si el bálsamo del tiempo puede traerle la curacion; pero mucho temo lo contrario. La herida es tan honda, que sin cicatriz no sana este noble corazon.

PERCIVAL.—Dejadme contar con la fuerza misteriosa del amor. Dejadme confiar sin temor en ese corazon, que

inalterable vive del mio. Profundo es el dolor, pero poderosa la alegría. Cuando ella estreche á su niño contra su pecho, cuando mis brazos amorosos la opriman, entónces volverá el color á sus mejillas y en su pecho renacerá el sosiego. ¿No resonará su elogio en todos los lábios, no se oirá en las canciones de los bardos, no llegará á tiempos indefinidos? Yo la adoraré cual si fuera mi Santa, y á su servicio dedicaré mi vida, y así como de la luna se renueva la luz, así la llenaré de goces siempre nuevos; ella me ama, Tristan, y ella me perdonará!—¡Decidme, señor Gawin, ¿por qué dilata la reina? Ella empeñó su palabra, ¿cuándo la recobra?

GAWIN.—Todavia luchan en el alma de la vencida, como cambian en las mejillas palidez y color, la vergüenza con su deber, su resolucion con la debilidad; y mareada por la vacilacion de su espíritu, quiere reunir sus fuerzas, y desesperada se agarra de una palabra; pero mas profundamente se hunde en el abismo de sus ideas.

PERCIVAL.—Ella dió su palabra ¿y se niega á desempeñarla?

GAWIN.—Ella quiere y no quiere. La victoria de Griseldis ha conmovido su interior hondamente; avergonzada reconoce todo su mérito y voluntariamente y gustosa se arrodillaría á sus piés; pero lo que le aconseja su corazon no quiere ella tener que hacerlo, y no obstante debe hacerlo. El rey Artus la apremia á que cumpla con lo pactado; no solo ruegos, órdenes, profirieron sus lábios; y cuando yo la dejé, parecia resuelta á sujetarse dignamente á su suerte. Mirad, mirad, por allí se acercan ya.

PERCIVAL.—¡Ella es!—¿Habeis convocado á mis vasallos?

GAWIN.—Así lo he hecho.

PERCIVAL.—¿Y al hijo mio, Tristan, ya volvísteis á traerlo al castillo?

TRISTAN.—Le he puesto en los brazos de Ronald.

PERCIVAL.—Ahora me siento bien. Mi alma respira, ha sonado la mejor hora de mi vida.

ESCENA IV.

Se oyen cornetas fuera del escenario. Entran el rey ARTUS *y* GINEVRA *en trage real.* ORIANE, *caballeros y damas, y los vasallos de* PERCIVAL, *todos formando un séquito grandioso.*

EL REY.—Percival, el castillo de Pendennys nos recibió hospitalario en su recinto; pero sin reserva queremos confesar que lo que nos hizo pasar sus umbrales fué ménos el deseo de visitarle amistosamente, que el concluir el desafío odioso que desunió la alteza con el mérito, y para protejer el modesto valor contra duras pruebas y el amor contra el abuso del poder!—Pero hemos sabido con dolor, que ya están hechos los sacrificios todos que el orgullo habia exigido, y que la criminal soberbia ha concedido.

PERCIVAL.—Es como lo decís, mi rey y señor! Los sacrificios están hechos, la victoria es mia. No sin reflexionar he comenzado el combate; la perla de las mujeres es la mia! He cumplido mi palabra; cumplid la vuestra! La corona que Griseldis ganó en rudo combate ciña fresca su ameritada frente, y que delante de ella se arrodille la reina.

EL REY.—Aquí está ella. ¡Habla tú!

GINEVRA.—¡Mi señor y consorte! La palabra real le fué empeñada y régiamente la desempeñará Ginevra.

EL REY.—Pues bien, ¿por qué titubeamos? Las horas vuelan, entreguemos el premio á la vencedora! Llamad á Cedric y á Griseldis á nuestra presencia! (*á media voz á Ginevra*) Ginevra, si el lustre de nuestra corona se empaña desgraciadamente con esta humillacion, debemos considerar bien merecida esta suerte, no porque hayamos participado de tu falta, sino porque fascinados no pensamos en impedirla!

[*El rey y la reina se sientan en los tronos.* PERCIVAL *se retira tras de sus vasallos*].

ESCENA V.

Los anteriores; GRISELDIS *entra con su trage de lana y su delantal, conduciendo á* CEDRIC.

CEDRIC.—Griseldis, dime, ¿es por el camino de la muerte por el que me conduces?

EL REY.—Acércate, anciano, sin temor. Tu rey y señor es quien te habla! Griseldis, no te admires de que los muros del castillo, que apenas repudiada abandonaste, te reciban adornados para una gran fiesta; su pompa se ostenta porque has vuelto; entrégate, pues, al gusto sin recelo.

GRISELDIS.—¿Qué decís, señor? ¿Es verdad lo que me anunciais? En mi alma lucha el miedo con la esperanza, y confusas se enredan mis ideas! ¿Ya Percival no vaga proscrito? ¿Se aplacó la ira que llenó vuestro pecho? ¿Y por mí, por mí, decís, se adornaron estas paredes?

EL REY.—¡Por mi corona, te digo la verdad!

GRISELDIS.—La palabra de paz suena en vuestros labios, ya no es de trueno ni de ódio el grito; ya no despide rayos funestos la mirada de la alta señora que está á vuestro lado, y una sonrisa benigna adorna sus facciones. ¡Oh! si lo que me decís es verdad, aquí me postro á vuestros piés implorando. ¡Oh! prestad vuestros oidos á mis ruegos.

CEDRIC.—¡No ruegues, no! ¡Estos no oyen ruegos nunca!

EL REY.—¡No me hables postrada delante de mí! Levántate, Griseldis! Pídeme lo que quieras, te lo concedo todo, y nunca, jamas, te faltará mi proteccion y mi apoyo.

GRISELDIS—Para mí no pido nada, mi rey y señor; por Percival os ruego, os ruego por su destino: que vuestra bondad reluciente cual la primavera, brille en su frente con el esplendor de ántes; que le devolvais su dominio y poder en sus manos, señor, no en las mias! Conozco bien lo que valgo, y mi lugar no estuvo nunca en la mansion soberbia del conde.

CEDRIC.—Por eso, tonta, te echó de ella.

EL REY.—¡Griseldis! Quisiéramos por vergüenza callar lo que para tu bien debe descubrirse. Sabe, pues, que á tí te engaña la vana apariencia; no hemos arrancado tu hijo de tus brazos, ni disolvió nuestra órden vuestro enlace, ni amenazaron peligros á tu Percival; tú temblaste por terrores que no existen, tú temblaste ante un fantasma!

GRISELDIS.—¿Qué decís? ¿Vana apariencia y fantasma?—¿Mi hijo,—Percival—solo vana apariencia? ¿Y lo que yo sufrí? El dolor que yo pagué con la fuerza de mi vida, el que acaba con ella! ¿Y esto fué vana apariencia? Aclaradme este enigma! Mi alma tiene sed de luz y de verdad!

CEDRIC.—¿Cómo, nos tuvo engañados vana apariencia?

ORIANE.—Una palabra, Griseldis, aclarará este enigma, y levantará el velo que cubre tu vista. Lo que pasó fué so-

lo una diversion de carnaval, que Percival gastó contigo; fué un simulacro; el principio fué una apuesta, el precio fué que se arrodillara una reina, y tus lágrimas, pues éstas las hubo ademas! Solo se trataba de probar tu mérito dignamente, y que, por casarse con la hija del carbonero, no habia enturbiado Percival la sangre de su estirpe.

Cedric.—¿Por eso fué, por eso? ¡Oh! qué insolencia atrevida la que prueba el corazon con acerbas lágrimas!

[*Percival sale de la muchedumbre y se hinca delante de Griseldis.*]

Percival, *implorando.*—Griseldis, ¿me tienes odio? Perdona, amada mía! Borra de tu memoria lo que sufriste, deja que en tu mirada lea yo la reconciliacion, y en el abismo de amor nunca agotado sumerja la memoria de mi pecado.

Griseldis *retrocede algo, fija la mirada por un momento expresiva en Percival, y despues dice como despertando de un sueño.*—Un juego de carnaval! Habla tú! Quiero oirlo de tus propios labios, Percival! Dí la verdad: ¿ha sido esto una prueba, ha sido todo un juego?

Percival, *despues de un rato.*—Tú lo dices, fué una prueba. Pero ella pasó! Bien cuidado está tu hijo, y su padre libre. Toda tu dicha se te devuelve! Perdona tambien tú!—Ya no recuerdes el juego que manifestó tu valor! Ya pasó; que sea olvidado y perdonado!

Griseldis.—Un juego—y yo!—[*Aprieta violentamente su corazon con las manos, cubre luego sus ojos con las dos, se está algunos segundos callada, y despues dice:*] ¡Ay! fué un juego demasiado rudo y lleno de lágrimas!

Percival.—¿Tú lloras? ¡Oh! conten ese llanto; aquellos querian hacer mofa de mi eleccion, porque tú naciste en la selva, porque tú que eres la imágen de la belleza, eras pobre; entónces opuse al brillo de nombres ilustres tu co-

razon, tu alma inmaculada! Yo te hice pasar por duras penas, pero tú las venciste, triunfaste en todas las pruebas. Ginevra debe arrodillarse delante de tí, é Inglaterra prorumpirá en tu alabanza! ¿Quieres odiarme por tan alta gloria?

GINEVRA, *que ha descendido del trono junto con el rey.* —Griseldis, él dice la verdad! No negarémos, que una parte del pecado pesa sobre nuestros hombros; lo que él ejecutó, lo inventamos nosotros; nosotros cosechamos arrepentimiento, y en cambio tú la victoria; con franqueza confesamos, fieles á nuestra palabra, en presencia de la nobleza de Inglaterra, que el brillo de las coronas se desvanece ante tus méritos, que si justicia y mérito decidieran en la tierra, tú serias la reina y llevarías la corona de Inglaterra, y aquí á tus piés me arrodillo; perdona lo que el orgullo criminal cometió contigo!

PERCIVAL *lleno de alegría orgullosa.*—Ella se arrodilla! Comunicad por todas partes que la reina se arrodilló ante la carbonera!

GRISELDIS.—¡Oh, reina! ¡Levantaos! Ceded á mis súplicas! Vos no debeis hincaros delante de la carbonera! La victoria es mia, dejad que desprecie el premio que amarga decepcion me hizo ganar lleno de penas! Vos pensais en ceñir mi frente con el laurel, pero la que conquisté es una corona de espinas; porque todas las ansias de la muerte que sufrí eran ménos amargas que lo que padezco ahora. La fé iba conmigo en el traje de lana, cuando engañada salí de este castillo; ahora huyó la decepcion pero tambien mi fé.

PERCIVAL.—¡Cómo! ¿No tienen tus ojos ni una mirada de amor, no tiene tu boca ninguna sonrisa para Percival? Lo que pecó el orgullo, lo indemnizará el amor; echa al aire los cuidados ya vencidos, pasó la oscuridad y alegre bri-

lla la mañana. Si yo te presenté el cáliz de acíbar, en cambio te brindo el néctar de la alegría; la vida será para tí una corona de flores; el pensamiento mas secreto de tu corazon yo lo convertiré en alegre realidad; aun cumpliré con el deseo de tus ensueños, y apénas despierten serán calmados tus anhelos; así como las olas de la mar circundan esta isla, así te rodearán enagenamientos continuos, pues quiero que olvides lo que se llama privarse de algo.

GRISELDIS, *pausadamente y con voz quebrantada.*—¡Lo que prometes, no lo puedes cumplir! Ya la alegría no hará latir este pecho, ningun placer animará ya mis miradas! ¿Pueden adornar poder y brillo esta pobre vida? No es la grandeza ni el fausto lo que arrebata, esto solo lo puede el siempre fiel amor! ¡Oh! Percival, tú has perdido mi dicha en la apuesta, y este corazon fué para tí un juguete; me encadenaste al poste de la vergüenza y me expusiste á dolores siempre mas crueles y mas profundos! Tú no temiste que sucumbiese yo; solo temiste que ellos te vencieran. ¡Que Dios te perdone como yo te perdono!—Y tú, padre mio, dime: ¿la severa falta de que me inculpas, está ya purgada? Si criminalmente el exceso de mi amor elevó á una deidad, al que es hijo del polvo, ¿lo pagué bastante con mis lágrimas y con los dolores mas profundos de mi alma engañada? ¿Pueden ahora amorosos estrecharte estos brazos? ¿puedo ahora reclinarme en tu corazon de padre del que me separó el amor, no el deseo de lucir, el impulso de mi alma, no el deseo del pecado?

CEDRIC.—Ven, pobre hija; descansa en este corazon, recibe alivio de la rica fuente de amor que inalterable brota en el corazon de un padre!

GRISELDIS.—Condúceme á nuestra selva, al lugar pacífico de nuestra pobre choza. Que en el pecho fiel de la naturaleza pueda yo poner, soñando, este corazon mortalmen-

te herido, y en la sombra del árbol venerable pueda consumirse la médula de su retoño que se muere.

Cedric.—Ven, ven; que digan éstos avergonzados: ella soportó el dolor, mas nunca toleró la afrenta!

Percival.—La sangre se me hiela en las venas; tus palabras me conmueven hasta lo mas profundo del alma, pero no me engaña la severidad de tus facciones. ¿La falta que cometí contigo, quieres pagármela con amenaza lóbrega; chanceando quieres amargarme el orgulloso júbilo de victoria que respira este pecho? ¡Griseldis, no lo hagas! Reconcíliate conmigo! Con brillo mayor se coronará el esplendor del triunfo si tu venganza consiste en tu benevolencia y en tu amor!

Griseldis.—¡Oh! Percival, mi mirada te busca entre lágrimas, mis lábios tiemblan, cuando deben saludarte, pero debo hablar, porque esto tiene que decidirse, esto debe ser claro entre nosotros, en la claridad está la paz Mi corazon fué tuyo, tú nunca lo comprendiste, y él se partió estando en tus manos! Tú has podido jugar con su llama sagrada, tú has podido vanagloriarte con su fidelidad, con su valor de víctima! Tú nunca me amaste! Perdida para siempre está la ilusion alegre y feliz de toda mi vida; mi paraíso se ha hundido en ruinas, y un desierto me espera sin presentarme un solo goce! No puedo ir contigo enlazadas nuestras manos, cuando tu corazon se alejó del mio sin piedad. Yo no lo puedo, Percival! Mi vida, el respeto de mí misma, mis últimos esfuerzos, todo depende de la imágen de mis ensueños, que es tu imágen divina! Déjame guardarla tan pura y reluciente como ocupa mi pobre alma.

Percival.—¿Qué piensas, esposa, y qué intentas hacer?

Griseldis.—Aunque yo haya nacido en la oscuridad, ¿acaso era eso motivo para que fuese el juguete del capri-

cho, con el que podia ganarse ó perderse en un solo lance? Tú nunca me amaste, ¿y sin amor sería yo digna jamas de ser tu esposa si siguiera siéndolo? Percival, tú sabes que solo á tí, sí, solo á tí he amado siempre! Vuelvo á la pobre casa en que nací, vuelvo á la sombra de mi querida selva, y así como su susurro me adormeció en la cuna, así su soplo sonoro acompañará mi ataúd.

PERCIVAL.—¿Quieres abandonarme, quieres huir de mí? Tú eres mia, mia! ¿Quién se atreverá á separarte de mi lado? Yo te tengo, ¿quién puede arrancarte de mis brazos?

GRISELDIS, *entre sollozos.*—Tú mismo! Tú has roto el lazo del amor! Debemos separarnos! Sí, Percival, debemos hacerlo! Concédeme que conserve á mi hijo hasta que se acaben los cortos dias que me quedan, porque bien conozco que mi existencia se abrevia; y así como la golondrina cuando parte vuela á tierra mas benigna, así anhela mi alma fatigada llegar á las regiones de donde ha salido! Entónces recibirás al hijo como legado; condúcele por el camino de honor del caballero; el mal que tú me hiciste, recompensáselo á él! Pero tú consérvate fresco y lleno de vida, cual tronco alto, rodeado de gloria, y cuando nuevos lazos te envuelvan con el poder del amor que vence y encanta,—¡oh! no te muevan otra vez pasiones siniestras á tenderles la red de duras pruebas, porque solo por amor se entrega el amor!

(*Se aleja despacio con Cedric.*)

PERCIVAL, *queriendo impedirle el paso.*—Griseldis, ¿tú abandonarme? ¡Oh! jamas! No debes hacerlo! Quédate, Griseldis!

EL REY, *deteniéndole.*—¡Alto ahí! ¡Atras! Señor Percival! Desde ahora la protejo yo. Tú perdiste el derecho de poseerla, y ella partirá, sin impedimento ninguno. Bien

acepta cualquier combate el amor por el amor; pero ella no debe servir al instinto rudo que le pone el pié en la frente. Tu casa está vacía; te dejó la dicha; el arco de tu triunfo se hundió en el polvo! Ahora vivirás solo en tu castillo desierto, bastándote á tí mismo y contigo mismo en pugna!

[*El rey se aleja con su séquito y con los vasallos de Percival, quien escondiendo su rostro entre las manos, se queda solo en el proscenio.*]

Fin del acto quinto y último.

